BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SÉRIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

MADRID

3 pts.

MADRID.

ATOCHA, 87, PRAL., IZQUIERDA.

1875.

[332:7]

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

URGANDA LA DESCONOCIDA,

COMEDIA DE MAGIA

EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO SANCHEZ DEL ARCO.

Representada con grande aplauso, en el teatro de Novedades, en el mes de Diciembre de 1864.

CUARTA EDICION.

OCHO REALES.

MADRID:
IMP. QUE FUÉ DE G. ALHAMBRA Á CARGO DE I. MORALEDA,
Calle de San Bernardo, 73.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
Urganda	D.ª Cándida Dardalla.
Elvira	Rafaela García.
Vénus	Emilia Ruiz.
Bruja 1.ª	Manuela Moral.
Idem 2.ª	Concepcion Solís.
Idem 3.ª	Josefa Lopez.
Idem 4.ª	Cipriana Cañada.
Cupido	Dolores Recio.
Ferrando	D. Antonio Zamora.
Tembleque	José García.
Conde de Lerin	Juan García.
Sombra	Manuel Castelló.
Simplicio	José Guerrero.
Bertran	José María Justo.
Dionis	Juan Vazquez.
Ginés	Ricardo Calvo.
Gascon	Luis Masoli.
Baco	Urbano Obon.
Dueña 1.ª	Julian de Castro.
Idem 2.ª	Isidoro Bardo.
Carcelero	Ignacio Mur.

Soldados, escuderos, bacantes, ninfas, sátiros, enanos, músicos, alguaciles, gente del pueblo, furias infernales, coro y acompañamiento.

Es propiedad del Editor de la *Biblioteca dramática*, y está bajo el amparo de la *Ley de Propiedad literaria*, habiéndose llenado los requisitos que la misma establece.

Las Zarzuelas y Operas cómicas, ó sérias, que componen la coleccion de esta Galería, se prohibe representarlas como comedias, separando la letra de la música.

ACTO PRIMERO.

Salon corto en el castillo de Fraga.

ESCENA PRIMERA.

Empiezan BERTRAN, GINÉS, DIONIS, *y* GASCON *con bota y vasos.*

BER. Brindo por la noche de San Juan.
TOD. Viva!
GIN. Quien en noche de San Juan
encuentre, allá en la enramada,
una hermosura adorada
que le espera con afan,
salte de gozo.
Mas si en vez de afectos tiernos
al acercarse á la reja,
asomada vé á una vieja
ó atados algunos cuernos,
échese al pozo.
TOD. Bravo! Bien!
BER. Arriba! (*Beben todos.*) Es verdad; lo bueno ó malo que hoy, víspera de San Juan, acontezca á uno, eso mismo le está sucediendo por todo el año consecutivo.
GAS. Cierto.
BER. Por eso yo, que cuido de pasarme esta pícara vida lo menos malamente que puedo, me afianzo hoy á esta pelleja, henchida de aloquillo.
DIO. Así disfrutarás todo el año de los placeres del vino.
BER. Cabal.
TOD. Bravo!
BER. Vaya otra ronda; mientras tanto repítenos una de tus coplas.
TOD. Sí, sí.
GIN. Quién al saltar por encima
de las hogueras terribles,

por causas incomprensibles,
ni se quema ni lastima,
salte de gozo.
Mas si al cruzar la fogata
sus miembros el temor crispa,
y la llama de una chispa
ó le quema ó le maltrata,
echese al pozo.

TOD. Já! Já!
BER. Y cierto, que el mejor recurso en tales casos, es el de arrojarse de cabeza en un pozo.
DIO. Silencio!... (*Mirando á dentro.*)
TOD. Qué hay!
DIO. Que el conde se dirige á esta sala.
GIN. Y que mala cara trae!
BER. Pues separémonos.
DIO. Bien pensado.
GIN. Ya está aquí. (*Todos se descubren y ocultan los vasos y las botas.*)

ESCENA II.

Dichos, el CONDE.

CON. Despejad. (*Se van saludando con mucho respeto, menos Bertran á quien detiene el Conde.*)
Tú no; tengo que hablarte.
Se fueron ya?
BER. Sí, señor.
CON. No turbe algun importuno...
BER. No queda, señor, ninguno,
podeis hablar sin temor.
CON. Está bien. Responde; á Elvira
hablastes esta mañana?
Se muestra menos tirana
á la pasion que me inspira!
Qué ha contestado, Bertran?
Qué ha dicho á la tierna fé
conque á verla te envié
para esplicarla mi afan?
Sin duda te recibió
modesta, ruborizada,
y á mi pasion declarada
alguna esperanza dió...
BER. Señor!...
CON. Mi muerte colijo...
Me engañé?
BER. Al cielo pluguiera
que alguna esperanza diera!

CON. Conque no?
BER. Que no, me dijo.
CON. Oh! rabia!
BER. Con el donaire
que vuestro amor recité,
de juro no me esperé
que me hiciera tal desaire.
Mas no bien hubo mi labio
espuesto lo que queria,
cuando de mí se desvía
cuál si escuchase un agravio:
«Que no, le decid al Conde,
me dijo; que mi decoro
no se compra con el oro
que en sus palacios esconde;
que si fuí á su amor esquiva,
desde hoy le aborrezco más,
y añádele, que jamás
ni me salude ni escriba.»
CON. Con que ninguna esperanza?...
BER. Ningun recurso que pueda...
CON. Oh! sí, el último nos queda...
BER. Cuál es?
CON. El de la venganza.
BER. Ferrando...
CON. Cómo?
BER. Un doncel
que la enamora rendido,
y segun he presumido
os aborrece por él.
CON. Cuando en toda la comarca
no existe pechero ó noble,
que la rodilla no doble
al verme, como á un monarca;
cuando mi aliento me abona;
cuando he cortado á cercen
cabezas de cien en cien
al golpe de mi tizona;
cuando mi heróica pujanza
no encuentra competidor,
ni quien resista el vigor
del bote atroz de mi lanza;
he de sufrir que destroce
este mi pecho cautivo,
y que con desden altivo
en verme penar se goce?
No, no, que resuelto estoy.

Por grado ó fuerza ha de ser...
Esta noche he menester
me sigas á donde voy.

BER. Intentais robarla?

CON. Cierto.

BER. Pero Ferrando...

CON. Qué importa?
Mi espada acaso no corta?

BER. Entonces le doy por muerto.

CON. No, que fuera accion cobarde.
Si le arrebato la dama
qué más?...

BER. Pues segun su fama,
quizás quiera hacer alarde...

CON. Calla!—La gente dispon
que armada, segun costumbre,
á Elvira cante á la lumbre
debajo de su balcon.
Y entre el canto y el bullicio
de esta noche de San Juan,
se puede... entiendes, Bertran?

BER. Entiendo.

CON. Valor y juicio. (*Váse*)

BER. Juicio y valor... cosa llana
cuando tú nos das lecciones.
Comiencen los tropezones
de esta noche toledana. (*Váse.*)

MUTACION.

Exterior del Castillo de Fraga; murallas al foro, y en el centro el torreon de la fortaleza.—A la derecha la casa de Elvira, con puerta y ventana practicables; la ventana está rodeada de ramas y flores, formándose con ellas una enramada; varias fogatas por la escena; se oye repique de campanas y músicas lejanas; centinelas paseándose encima de la muralla. A un lado y otro del teatro, y próximamente al centro del mismo, dos postes de seis palmos cada uno, con su argolla; varias personas pasean por la escena, y los chicos saltan por cima de las fogatas.

ESCENA III.

TEMBLEQUE, FERRANDO *y las gentes del pueblo y chicos.*

TEM. Señor, los enamorados son la peor gente del mundo... Su vida es tan mala como la de los salteadores. No sé como se persigue á los que roban y matan en

despoblado, y nada se dice á los que en poblado, por quítame allá esas pajas, andan á cuchilladas y á tajos; á los que roban el sueño á padres y á maridos; y sobre todo, á los que matan de cansancio á sus escuderos. Es buena vida esta, señor? Pues que me emplumen, si no es la que traemos seis meses há!... Pero nada, no me oye.

FER. Te estoy escuchando, y no sé como te dejo hablar. (*Amenazándole.*)

TEM. Pues para eso valiera más que no me escucháras.

FER. Quieres que deje á mi Elvira, á mi Elvira, á quien amo con todo mi corazon?

TEM. No digo tal; y Dios me libre de incurrir en tan pecaminosa tentacion! Quiera, ame, idolatre, despepítese y hágase una jaula por ese su adorado hechizo; pero téngame lástima siquiera. No he nacido para astrónomo, pero de tanto observar la luna y las estrellas, sé más astronomía que el que la inventó...

FER. Tú.

TEM. Yo, sí señor.

FER. Imbécil!

TEM. Mirad, cuando comienzo á guardarle las espaldas, estan allí las siete cabrillas; y cuando nos retiramos...

FER. Callarás?...

TEM. Y luego, esta noche! Esta noche, señor, que andan las brujas desatadas!... Quiera Dios que no nos lleven por esos aires volando!

FER. Qué me importa?

TEM. Pues á mí si que me importa! Cáspita! Yo soy muy terrestre, terrestrísimo, para que guste de hacer piruetas por encima de los tejados. (*Aparece Elvira en la ventana dirigiéndose á la escena.*)

FER. Ya está allí mi Elvira. (*Dirigiéndose á la ventana.*)

TEM. Y me deja con un palmo de narices! Señor... señor... Cómo ha de ser? Paciencia! Si al menos esas músicas y esas gentes se acercasen hácia aquí, pasaria el rato menos aburrido.

ESCENA IV.

Dichos y ELVIRA *á la ventana.*

ELV. Ferrando mio!

FER. Mi amado dueño!

ELV. Con tanto empeño
yo te aguardé,
en la ventana

donde solias
en otros dias
mostrar tu fé.

FER. No puede nada,
mi dulce Elvira,
con quien suspira
lleno de amor;
con quien su dicha
mira lograda,
si en tu enramada
pone una flor?

ELV. Para que vivas
mas satisfecho,
sobre mi pecho
yo la pondré, (*Lo hace.*)
que no merece,
quien tal se afana,
que en la ventana
quede su fé.

FER. Eres, mi vida,
luz de mis ojos,
de mis enojos
grato solaz;
en tu mirada
al pecho ansioso,
íris dichoso
de amor y paz.

ELV. Mucho, Ferrando,
mi amor te inflama;
grande es la llama
de tu pasion...

TEM. (Mucho me cansa
tanta postema;
grande es la flema
de mi señor.)

FER. Tan bella y pura!
Quién al mirarte
puede dejarte
niña, de amar?

TEM. (Y quién, si espera
por tiempo tanto,
deja entretanto
de bostezar?)

FER. Venga la aurora
vertiendo flores,
gracias y amores,
dichas sin fin;

venga envidiando
tu frente pura,
y esa hermosura
que adoro aquí.

TEM. (Venga la aurora
abriendo tierna
una taberna
ó un bodegon;
venga, que quiero
refocilarme,
y á pecho echarme
un vaso ó dos.)

ELV. Sí, mi Ferrando;
tan seductoras
vuelan las horas
que estás aquí,
que las diria,
parad el vuelo,
sed mi consuelo
por años mil.

TEM. (Y yo diria,
horas, á escape,
que no me atrape
el alba aquí.
Mas de que acaben
no veo asomo;
horas de plomo
son para mí!)

FER. No sé que triste
presentimiento
adentro siento
del pecho yo!
No sé que turba
la grata calma
que, Elvira, al alma
siempre inundó!

ELV. Serán quimeras
que amor es niño...

FER. De tu cariño,
constante y fiel
fuera menguado
si así dudase,
ó imaginase
tu fé perder.

ELV. Nada receles,
Ferrando mio;
que el albedrío

de esta infeliz,
es solo tuyo,
sin que en lo humano
consiga ufano
nadie rendir.

TEM. (Ya me amodorro,
ya me esperezo,
despues bostezo...
por... la... señal... (*Santiguándose.*)
Ya me despierto,
ya me sacudo...
de sitio mudo...
esto vá mal!)

FER. Lo juras?

ELV. Juro.

FER. Oh! dicha!

ELV. Cierta.

FER. Qué dices?

ELV. Muerta
quede si no.

FER. Feliz!

ELV. Mas dime...

FER. Te adoro.

ELV. Oh suerte!..

FER. Si no, la muerte.

ELV. Qué?

FER. Aguardo yo.

ESCENA V.

Dichos, el CONDE, *comparsa de coristas*, BERTRAN, GINES, DIONISIO *y* GASTON.

TEM. Música hácia aquí? Guapo! Así tendré con que espantar el sueño.

(*Los coros cantan las estrofas siguientes: concluidas dan las doce en el reló de la torre del castillo; á la primera campanada emprenden una lucha con Ferrando y Tembleque, los vencen y los amarran á los postes: parte de la comparsa ha seguido al Conde, que ha entrado en la casa de Elvira, y salen al momento con ella desmayada, y atraviesan el teatro de una parte á otra. Márchanse todos detrás del Conde y queda la escena sola con Ferrando y Tembleque, los centinelas del castillo han desaparecido, y la escena ha quedado completamente á oscuras.*)

Estrofa primera.

Suspira de amor Elvira
junto al apuesto galan,
sin cuidarse que amenaza
su frente la tempestad.

Coro.

Pero no hay miedo,
que dicha habrá
para la bella,
que sin igual
al mundo vino
á amar y amar.

Estrofa segunda.

Mas cuando el alba despierte,
su hermosura celestial
en los brazos de otro amante
prendida se encontrará.

Coro.

Pero no hay miedo
que dicha habrá, etc.

Tod. Las doce!

ESCENA VI.

Ferrando, Tembleque.

Tem. Señor, se fueron ya?
Fer. Oh rabia! Y se la llevan! Por qué no me asesinan, villanos? Nada, no puedo romper estos cordeles...
Tem. Conque tambien os han amarrado? No os dije, señor, que parecíamos gente de mala vida?
Fer. Vive Dios! Y no poderme vengar!
Tem. Paciencia, señor, paciencia!
Fer. Quién sufre?...
Tem. Al menos de vos, se puede decir aquello de... «Si buenos peladeros de pava me ganaba, buenos cordeles me cuestan;» pero de mí?
Fer. Y mi Elvira? Oh! desesperacion!
Tem. Yo, que no soy el enamorado!...
Fer. Y no hay esperanza!
Tem. Así se respeta la seguridad de un quisque?
Fer. Tembleque?
Tem. Llámame amarreque, que no Tembleque; ni aun para temblar tengo tiempo.

FER. Tambien á tí?...
TEM. Tambien!
FER. Pues qué, estás?...
TEM. Amarraditis, señor, amarraditis; no habeis oido decir que siempre han pagado justos por pecadores, y que cuando el sol sale, sale para todos? Pues yo digo que cuando Dios quiere, hasta los cordeles me hacen llagas.
FER. Calla, calla por Dios!
TEM. Señor, ya que la única parte de mi cuerpo, que tengo libre, es la lengua, déjemela mover á mi placer.
FER. Pero dime, qué hacemos?
TEM. No hacer nada.
FER. Y así?
TEM. Esperemos al dia, por si pasa por aquí algun alma caritativa...
FER. Pero y mi Elvira?
TEM. Pero y mis brazos?
FER. Prueba si puedes llegar aquí.
TEM. En cuanto me desamarreis, es cosa hecha.
FER. Conociste quiénes eran?
TEM. No á fé.
FER. Dios mio! Dios mio!
TEM. Nos han jugado una pasada mas que regular. Al compás de la música, nos han dado un solfeo de tres bemoles.
FER. Es inútil; no puedo desasirme. (*Haciendo esfuerzos.*)
TEM. Sabeis que la música era la encubridora del paloteo? Todos, señor, eran lobos de una camada.
FER. Oh! ha sido una villanía, un plan infernal.
TEM. No, un plan en que se habian amarrado perfectamente todos los cabos.
FER. Que no se abriese la tierra y me confundiera!
TEM. Esa fuera mas negra. Mal está uno así; pero peor estaríamos tragados como guindas. Y más, señor, esta noche, que están los diablos haciendo de las suyas.
FER. Que me lleven: me harian un favor; se lo agradeceria.
TEM. Por Dios, que alguno puede estar escuchándonos.
FER. Pues le invoco, pueda yo recobrar á mi Elvira, y aunque me cueste... (*Trueno fuerte á esta palabra.*)
TEM. Huy! Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!
FER. Oyes, Tembleque?
TEM. Oigo, señor.
FER. Tienes miedo?
TEM. Mucho, muchísimo... (*Sale una gran serpiente de debajo de tierra, y dentro de ella Urganda.*) Ahí están

ya. (*Truenos.*) De parte de Dios te pido, que me digas quién eres! (*Mientras habla Tembleque, sale Urganda por la boca de la serpiente.*)

FER. Una mujer! (*Que la ha descubierto, á la llamarada que ha salido de la tierra.*)

TEM. Un demonio! Ya me comen: ya me comen por do mas pecado habia!

ESCENA VII.

FERRANDO, TEMBLEQUE *y* URGANDA.

URG. Ferrando?

FER. Quién me nombra?

URG. Urganda la desconocida.

TEM. Muy señora nuestra.

FER. Acaso sois aquella Urganda, protectora del famoso caballero don Amadís de Gaula?

URG. La misma, la misma que, siempre enemiga del encantador Arcalaus, vengo á favorecer á los que él persigue.

FER. Conque es un encantador quien causa todas mis desventuras?

URG. Cierto.

TEM. Qué escucho?

FER. Y habreis venido á devolverme á mi Elvira, no es cierto?

URG. Veremos.

FER. Sin ella, señora, me sería la vida insoportable; preferiría morir en mi desesperacion, á la idea de perderla para siempre.

URG. No la perderás.

TEM. Pero, señora, desatadnos pronto, ó al ménos desatadme á mí; pues juro á vuestra reverendísima (á las brujas con cumplimientos,) no me encuentro muy á gusto.

URG. Esperad.

TEM. Creo que solamente á eso habreis venido aquí?

FER. Calla!

TEM. Callo.

URG. Supongo, Ferrando, que habrás leido mi historia?

FER. Sí; y sin duda esa enorme serpiente fué la que os condujo á la villa de Fenusa?

URG. Y en la ínsula Firme, para armar caballero al nunca bien ponderado Esplandian, luz y antorcha de la andante caballería.

FER. Urganda, vos sois mi ángel tutelar...

TEM. (Pues el angelito es ya patudo.)

URG. Tal es mi propósito.

TEM. (Si esto no es venderse al diablo, no he visto cosa más parecida.)

URG. Desde que Amadís de Gaula sacó á Arcalaus de la jaula de hierro en que fué preso de mi órden, cuántos horrores no ha presenciado el mundo! No ha habido ataque, calamidad y esterminio, que no haya sido inspirado alternativamente, ya por ese encantador Arcalaus, ya por mí para destruirle. Aquí, en Fraga, cuando don Alfonso I, el batallador, trató de entrar á saco, Arcalaus fué, quien á las tropas infieles de ese castillo, inspiró la más desesperada resistencia, logrando que por primera vez sucumbiesen las nunca abatidas armas del rey cristiano... No puedo recordarlo sin verter algunas lágrimas de dolor!

TEM. (Pobrecita!... De veras que me ha enternecido.)

URG. Semejante descalabro animó de modo á la morisma, que arrojándose en numerosa hueste sobre el vencido don Alfonso, logró derrotarle completamente, cuando se dirigia á Mozon, con solo cuatrocientas lanzas. El mismo rey pereció en la refriega, sin que hasta ahora nadie haya dado razon de su paradero...

FER. Es verdad.

URG. Quién ha dicho que fué á Jerusalem á pelear por el santo sepulcro; quién que le enterraron secretamente en Montaragon; y quién que murió de melancolía en las peñas de San Pedro.

TEM. Pobre rey!

URG. Pero nada de esto es cierto.

FER. Vos sabeis?...

URG. Don Alfonso el batallador, acorrido por mí en su último y apurado trance, vino á los subterráneos de ese castillo, contribuyendo más tarde á que se rindiera á los defensores de la fé.

TEM. (Parece que la bruja es una buena cristiana!)

URG. Pero se halla bajo el dominio de ese Arcalaus, mi enemigo.

FER. Y en dónde está ese mal hechicero, ese Arcalaus?...

URG. Es el mismo conde.

FER. El Conde de Lerin?

URG. El Conde de Lerin, precisamente, no; Arcalaus lo ha hecho desaparecer, tomando su nombre y figura.

FER. Y es ese?

URG. Ese es el que ha robado á tu Elvira.

FER. Oh! señora, desatadme, desatadme.

TEM. Sí, señora, desatadnos!

FER. Yo la recuperaré; yo castigaré la insolencia de ese mal hechicero!
TEM. Y yo ayudaré á mi señor; conque desatadnos pronto.
URG. Yo no puedo socorreros por mí misma, ni mucho ménos romper las cuerdas que oprimen vuestros miembros.
TEM. Conque tanto ruido para nada?
URG. Sin embargo, os regalaré los dos anillos de oro que dí á Amadís y á su esposa Oriana, para que pudiesen contrarestar las males artes de ese mismo encantador. Con ellos no solo os vereis libres, sino que no habrá deseo, por imposible que sea, que no veais al punto satisfecho.
FER. Oh! Dádmele, dádmele!
URG. Pero con una condicion.
FER. Cuál?
URG. La de que ese tu escudero ha de darme en cambio palabra de casamiento.
TEM. Quién?... Yo?
URG. Tú!
TEM. Yo?
URG. Tú; de qué te admiras?
TEM. Mireme bien; de seguro habeis equivocado las señas.
URG. No las he equivocado. Para que llegue á sucumbir ese mago, y para que el Rey Alfonso salga de su triste situacion, escrito se halla en el libro del destino, habré de casarme con un escudero.
TEM. Pues doble la hoja en que tal diga. El señor destino se ha equivocado de medio á medio.
FER. Tembleque!
TEM. Señor, no doy audiencia.
FER. Mira, que si irritas á Urganda...
TEM. Que tome horchata.
URG. Qué respondes?... Si no te resuelves, me voy, y ya nadie podrá ampararos.
FER. Tembleque!
TEM. Qué me sucede? Qué he hecho yo para ser así castigado? Si al ménos... Hermana... hermanita... acérquese para que pueda verle ese palmito de cara... Huy!... Dios mio! Qué cosa más horrible!... Y cuántos abriles, prenda? (*Se acerca Urganda.*)
URG. Mil y ciento.
TEM. Aprieta, hija! Y todavía?...
URG. Conque, qué dices?
TEM. Que no, que no, mil y cien veces; tantas como años cuentas, bruja maldita! (*Truenos.*)
URG. Que no? Pues oye al cielo indignado contra tí. Ata-

dos ambos como lo estais, permaneceréis por muchos siglos sin que de nadie seais vistos. Permaneceréis como permaneció, por diez años, pendiente de un árbol, á la entrada del castillo del Bardoyd, la espada conque fué armado caballero el invicto Galaor.

FER. Tembleque!

TEM. Válgame Dios, señor! Válgame Dios! Bien, Urganda; si todo consiste en que os dé palabra de casamiento, yo... (si se me traba la lengua!) yo... (si no me atrevo!) yo... os la doy.

URG. Y te casarás conmigo?

TEM. No!...

URG. Cómo?...

TEM. Digo sí... sí... sí...

URG. De buena voluntad.

TEM. Figuraos si yo tendré buena voluntad!...

URG. Entonces, yo misma os colocaré los anillos. (*Lo hace.*) Con ellos, no solamente nada teneis que temer del hechicero, sino que á vuestra voz obedecerán los elementos.

TEM. (Si me dan escalofríos de mirarla! No sé cuál cosa será peor, si el amarrijo ó el casorio!)

URG. Adios os quedad.

TEM. Vete y no vuelvas. (*Entra Urganda en la serpiente, y al desaparecer se oye un trueno horroroso.*)

ESCENA VIII.

FERRANDO, TEMBLEQUE.

FER. Qué te parece de todo esto, Tembleque?

TEM. Qué me ha de parecer, señor? Que yo soy la víctima como siempre!

FER. Yo me confundo, y no sé qué adivinar.

TEM. Pues no os calenteis la cabeza. Sin embargo, debemos probar fortuna; debemos ver si estos anillos sirven para algo.

FER. Invoquemos la proteccion de alguien...

TEM. Y de quién?

FER. No sé.

TEM. Vereis como yo...

FER. Espera; es preciso hacerlo con toda solemnidad.

TEM. Por solemnidad no os apureis. Yo he sido aprendiz de escribano, y sé las solemnidades á las mil maravillas.

FER. Calla, calla!

TEM. Cómo que calle?

FER. Mejor será invocar el amor de mi Elvira.
TEM. Buen remedio para los callos. (*Preludio de música.*)
FER. Oyes? Música!
TEM. Si vendrá con el acompañamiento de antes? No; yo la conjuro.
FER. Escuchemos. (*Brilla en el horizonte una vivísima luz, apareciendo un vistoso carro tirado por dos cisnes, conduciendo á Vénus.*)

ESCENA IX.

Dichos, la DIOSA VÉNUS.

TEM. Esto ha cambiado de aspecto. Quién es esa señora?...
FER. Es la Diosa Vénus; la hermosa madre del amor.
TEM. Verdad que es muy hermosa: mejor me las avendria con esta que con la otra.
VEN. Quién me ha llamado aquí en su socorro, y en virtud del talisman de Urganda la Desconocida?
TEM. Nosotros los pecadores.
VEN. Ah!... estais amarrados? Habrán sido sin duda aventuras amorosas?...
TEM. Pero no mias, buena mujer.
VEN. Bien; sean de quienes fueren, á mí me agradan mucho. Mi hijo os desamarrará. (*La ventana de Elvira se trasforma en un templete, del cual saldrá Cupido; desata á Ferrando, despues á Tembleque; vuelve á entrar en el templete, que torna á ser ventana.*)
TEM. Otra sorpresa! Quién es este pequeñin?
FER. El Dios Cupido..
TEM. Vamos allá! Esta noche todos se vuelven Dioses.
VEN. Ya estais libres. (*A Ferrando.*)
FER. Gracias, mi adorada protectora. (*Va á arrodillarse.*) Dejad que mi agradecimiento...
VEN. No: en los brazos de tu Elvira, acuérdate de tu libertadora. Y tú, pobre hombre... (*A Tembleque.*)
TEM. Es á mí? Ay! cómo se amanteca el corazon! Por qué, mi señora doña Vénus, por qué no vinisteis antes que la otra?
VEN. Que cuál?
TEM. Que Urganda, la desconocidamente fea, no hubiera tenido entonces inconveniente en casarme.
VEN. Ya tambien estás libre.
TEM. Ajá, já! Así, libre! Viva la libertad! Calla! Y se marchó el duendecillo!
FER. Y no me direis en qué parte veria yo á mi adorada?
VEN. En el castillo. Adios... adios. (*Desaparece.*)

ESCENA X.

FERRANDO, TEMBLEQUE.

TEM. Conque esa es su Majestad la Diosa Vénus?
FER. Y el niño, su hijo.
TEM. Sí, Cupidillo; el que hace tipitá en el corazon de los amantes.
FER. Inestimable sortija! (*La besa.*)
TEM. Gracias á Dios; ved si mandais algo, señor! (*Echa á correr.*)
FER. A dónde vas?
TEM. A esconderme, para que no me pille esa Urganda.
FER. Pero...
TEM. No quiero cumplirle la palabra; son muchos sus años, señor!
FER. Mentecato de tí! A dónde irás que no te encuentre? Aunque te ocultases en las entrañas de la tierra, daria contigo.
TEM. Verdad que no habia caido en eso! Y yo que cuando la dí mi palabra, confiaba en mis piernas. Triste de mí! No tengo escapatoria? Qué me sucede?
FER. Vénus acaba de decirme que mi Elvira está encerrada en ese castillo....
TEM. Y qué intentais hacer?
FER. Probado ya el poder de ese talisman, quiero, Tembleque, ver si consigo con su auxilio recuperarla.
TEM. Pues á ella.
FER. Precioso anillo; ya que todo lo puedes, haz que esas fuertes murallas me abran paso hasta llegar á mi adorada. (*Las murallas se trasforman en una magnífica galería, con escalinatas practicables á la escena; todo el teatro corresponde á la decoracion, iluminada completamente. Elvira baja al escenario rodeada de ninfas.*)

ESCENA XI.

Dichos, ELVIRA *y ninfas.*

TEM. Jesús! Ave-María purísima!
FER. Elvira!
ELV. Ferrando mio! Cómo estás á mi lado?
FER. Te lo explicaré; entre tanto ya eres mia.
ELV. Qué ventura!
FER. Y grande, mi bien.

ELV. Si te llegan á descubrir...
FER. Nada temas; sentémonos aquí...
TEM. Ya esto me va gustando!
FER. Y que celebren nuestros amores las gracias de Terpsícore. (*Baile general.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del castillo que figura la cámara de Elvira; muebles góticos de lujo; un sillon por cuyo fondo ha de salir Tembleque; un espejo ó armario, por el cual ha de salir Ferrando. Puertas laterales y ventana en primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, *durmiendo, recostada en un sillon*, URGANDA, BERTRAN.

BER. Que no os separeis de ella me han encargado.
URG. No me separaré.
BER. Duerme?
URG. Profundamente.
BER. El conde ha estimado en mucho el servicio que acabais de prestarle.
URG. Ya lo creo! Como que si no es por mí, seguramente á estas horas...
BER. Consigue arrebatársela ese Ferrando!
URG. Cierto. Y es verdad que logró escaparse?
BER. Y tanto!
URG. Pero cómo?...
BER. Eso es lo que no podré deciros; á nuestra vista desapareció como por ensalmo.
URG. Y el escudero.
BER. A ambos se les tragó la tierra. Ha sido incomprensible. Figuraos que le habiamos cortado la retirada, y ya cercados por nosotros, en un momento brrr! la del humo! Desaparecieron á nuestra vista.
URG. Cosa estraña!
BER. Mucho que lo es!
URG. Artes del Diablo. Y os aconsejo que os andeis con mucho cuidado.
BER. Bah! Estais, buena vieja, empeñada en hacerme creer cosas sobrenaturales; y sabed, para vuestro gobierno,

que yo no me horripilo de demonios ni de fantasmas. Sería capaz yo solo de andar á bofetones con el sol, la luna, y hasta con el macho cabrío que presida esta noche el aquelarre más inmediato.

URG. Desdichado mortal! No escupas osadamente al cielo, cuando no sabes lo que hay una línea mas arriba de tu cabeza.

BER. Bah! Conque para hablar gordo habrá de ser uno santo ó endemoniado? Pues yo que no soy ni lo uno ni lo otro, suelto cada imprecacion como un cerro, y ya veis no tengo marcada mi cara, ni menos me falta valor para insistir en mi propósito.

URG. Pues yo, que puedo en un instante apagar la luz del sol y de la luna, doblo sin embargo mi rodilla, ante otro poder superior que me sojuzga.

BER. Já! já! me haceis reir con vuestras ocurrencias! Me retiro para dar cuenta al Conde del cumplimiento de sus mandatos.

URG. Andad en buen hora.

BER. Ya habeis oido, que es la voluntad del Conde, que no os separeis de su lado.

URG. Lo sé.

BER. Adios. (Pues no la voy cobrando miedo!) (*Vase puerta derecha.*)

ESCENA II.

URGANDA, ELVIRA.

URG. Conténtate con respetar lo que no puedes comprender! (*Se acerca al sillon en que duerme Elvira.*) Qué hermosa es! Su frente no revela los tristes tormentos de un corazon dilacerado. Ay! así yo en mis más felices dias!... De veras que habrá de ser muy dichoso ese Ferrando.—Pero sus facciones se animan al nombre de Ferrando!...

ELV. Ferrando!... No te vayas... tengo miedo... (*Soñando.*)

URG. Infeliz! Sueña con su amado! Y habria yo de consentir en que ese tirano Conde... Oh!... nunca. (*Vase Urganda.*)

ESCENA III.

ELVIRA, *sola.*

ELV. En dónde estoy? Me pareció que un ruido cercano... Nada... nada se percibe... Ah!... abriré para respirar el fresco de la noche. (*Abre la ventana, por la que penetra un rayo de luna, que se vé brillar en la frente*

de Elvira.) Qué bella se ostenta la melancólica luna, en medio del azulado cielo! Ah! así como hieres mi frente, herirás la de mi Ferrando! Dile mi amor; dile que no se aflija por mí... Pero en dónde estoy? Qué confusion!... Y será muy tarde. (*Suena la una.*) La una! A esta hora, triste recuerdo! á esta hora siempre mi Ferrando me cantaba su trova de amor! (*Preludio de laud.*) Oh! no es ilusion; es su laud!

CANTA DENTRO FERRANDO.

Otros envidien los goces
del regalado señor,
que á mí me basta en el mundo
Elvira mia, tu amor.

ELV. Estoy delirando? Anoche unos enmascarados... me sacaron violentamente de mi casa... luego ví á mi Ferrando... y cuando me disponia á huir con él... desapareció, Ferrando. Ferrando mio! (*Sale Ferrando por el espejo.*)

ESCENA IV.

ELVIRA, FERRANDO; *despues* TEMBLEQUE, *y despues* URGANDA.

FER. Mi Elvira!
ELV. Mi Ferrando! (*Abrazándose.*)
FER. Me llamabas?
ELV. Sí.
FER. Ya estoy á tu lado.
ELV. Pero cómo...
TEM. Comiendo, señora. (*Sale por el fondo del sillon.*)
ELV. No comprendo...
TEM. Ni yo tampoco: mal dije; ojalá que no lo comprendiera!
ELV. Anoche te pregunté lo mismo, y prometiste decírmelo! Hace poco... me arrebataron de tu lado... caí sin sentido, y en tanto nada sé de lo que ha pasado por mí... Solo sé que queria llorar y no podia... que mi corazon se atormentaba, y no habia lágrimas en mis ojos. Despierto hace poco; quiero respirar el aura de la noche, y escucho tu amorosa trova... Qué es esto? No estoy en el castillo? No es cierto que anoche me arrancaron de tu lado? Dímelo todo; sí, todo, porque yo estoy loca!
FER. Serénate, mi bien. Es cierto que unos aleves te trajeron á este sitio...
ELV. Oh!...
FER. Pero una buena mujer...
TEM. Buena, eh? No diré yo otro tanto.

Fer. Calla!
Tem. Como un muerto.
Fer. Una buena mujer me favoreció, y me dió este talisman para libertarme de mis perseguidores.
Tem. Y á mi otro.
Fer. Por su virtud puedo alcanzar cuanto quiera. Manda, Elvira, y verás como estos muros nos abren paso... Verás como el mundo entero, cambia de aspecto á tu voz.
Elv. Preciosa sortija!
Tem. Pero, señora, á buen bocado, buen grito. A lo menos yo, que soy el pagano, puedo saber lo que me cuesta.
Elv. Tú?
Tem. Yo! No habeis oido decir que siempre han pagado los justos por los pecadores? Pues en mí se ha cumplido el refran. Para que esta maldita vieja se haya desprendido de estas joyas, he tenido yo que desprenderme de otra, de mi dulce libertad.
Fer. Sí, Elvira; habrá de casarse con mi bienhechora.
Elv. Y qué mal hay en eso?
Tem. Friolera! Una bienhechora de mil y cien años!
Elv. Jesús!
Fer. Así es; y por ella he podido burlar el furor del Conde.
Elv. Pero, quién es esa mujer? (*En este momento aparece Urganda.*)
Tem. Una bruja, un demonio! El mismísimo pecado mortal! Cuando yo no la quiero, qué tal será la hembra? (*Urganda se dirige poco á poco á Tembleque.*) Vieja, fea, chismosa, con una nariz como un chafarote, sin dientes ni muelas, tuerta, pitañosa del otro ojo..... (*Urganda coje del pescuezo á Tembleque.*) Huí! Socorro, que me matan!
Fer. Esa es!
Elv. Dios mio!
Urg. Miserable! Así te atreves á hablar de la que el destino se ha dignado unir á tí para siempre?
Tem. Perdóneme la buena Urganda.
Urg. He escuchado lo que decias de mí.
Tem. Nada más que elogios; podeis creerme! Yo no soy capaz de ofenderla en lo más mínimo.
Urg. No mientas.
Tem. Decia yo... es decir, me preguntaba; es posible que tan buena señora, así, tan amable, tan compasiva, tan poderosa, y que tendrá tantos pretendientes, se haya dignado elegirme para marido? Tanto honor! Porque ya veis, yo soy viejo (de veinte y cinco abri-

les:) feo... (como una rosa de mayo,) de malditísima conducta... infiel, sí, muy infiel... con unas narices como un chafarote... sin dientes... tuerto, ó al menos no veo con un ojo. Póngase en mi lugar, y...

FER. Tembleque, por Dios! (*Bajo á él.*)

TEM. Y de juro os daria vergüenza de presentaros á vuestra futura cara mitad.

FER. Tembleque! (*Id.*)

TEM. Y resolveríais como yo he resuelto, hablarla, disuadirla, apartarla de su eleccion, como un mal pecado.

FER. Tembleque! (*Id.*)

TEM. Cáspita, señor! No me toqueis más á la ropa, no me caso... que no me caso, no y no! No me encuentro con mérito suficiente!

URG. Conque te niegas á cumplir tu palabra, escudero bellaco y mal intencionado?

TEM. Si es por el bien de boaced.

URG. Tanto peor para tí. Tú no sabes de lo que es capaz una mujer ofendida?

TEM. No; si el ofendido soy yo, yo!

FER. Tembleque!

TEM. Ea, no se empeñe en lo imposible!... Que no me caso; no y no!

FER. Nos vas á perder! Mira á Elvira que perecerá por tu causa, por tu tenacidad?... Qué te importa á tí de...

TEM. De qué? De qué?... Eso es! Hágame ahora insensible; quíteme mis sentidos y potencias, considéreme un poste; no señor, yo tambien tengo mi gusto y mis cosquillas... y mi...

URG. Dejadle; bien pronto pagará su inconsecuencia!

TEM. A todo estoy resignado. Lluevan calamidades sobre mi! (*Se sienta en un sillon.*) No puedo más! Uf! estoy sudando á mares...

URG. Los anillos quedan sin poder alguno; los dí bajo una condicion, faltando esta, desaparece tambien su virtud.

TEM. Tomad el mio; no le quiero á tanto precio. (*Se lo dá.*)

FER. Tembleque, por Dios!...

ELV. Ten compasion de nosotros!

TEM. Y quién la tiene de mí?

ELV. Por mi felicidad!

TEM. Que no! Mil y cien años!..... Qué horror! Ciento..... vamos... que no, ni aun con el pico me conformo. Preferiria caer por segunda vez en las garras de los escuderos del Conde.

URG. Ya estás satisfecho. (*Abrense las puertas izquierda y derecha; y por ambos lados se presentan los escuderos.*)

ESCENA V.

Dichos, Bertran, Ginés, Dionis, Gascon *y guardias del Conde.*

Ber. Aquí están!
Tem. Que me asesinan. (*Se apoderan los escuderos de Ferrando y de Tembleque.*)
Fer. Temed mi furia, ó si no...
Urg. Es inútil.
Fer. Cobardes!
Urg. A la prision. (*Burlándose de él.*)
Tem. Mascaron endemoniado,
descomunal mascaron,
mascaron que en el solfeo
del re, mi, fa, si la sol
quisiste ganarte un novio
de prendas cual tengo yo...
Fer. Tembleque cede!
Tem. No cedo.
Fer. Elvira!
Elv. Ferrando, adios!
Gas. Anda tú.
Tem. Cómo ha de ser!
Paciencia y resignacion.
Pero tú las pagarás
bruja maldita. (*Se los llevan.*)
Urg. (*Burlándose.*) Pues no!

ESCENA VI.

Mutacion de salon corto.

El Conde, *despues* Bertran.

Con. Dime, amor, que tus aceros
contra mi pecho dirijes,
y duramente me aflijes
con heridas que son fieros;
por qué medios tan arteros
usas conmigo, cobarde;
si al tiempo que hacer alarde
de avasallar mi altivez,
no dás á Elvira á la vez
esta llama que en mí arde?
En brazos de ese Ferrando
que adora para mi mal
su hermosura celestial,
se está de mi afan burlando;

por él un suspiro blando
exhala su lábio tierno;
y en tanto que amor eterno
le jura en su frenesí,
solo guarda para mí
las furias, ay! del infierno!

BER. Señor?

CON. Qué quieres, Bertran?
Mis mandatos se han cumplido?

BER. Presos, como habeis querido,
en el subterráneo están.

CON. Y cómo fué que pudieron
penetrar en el castillo
sin ser vistos?

BER. Muy sencillo;
por la ventana subieron.

CON. De sorprenderme no deja
la altura de la pared.

BER. Pues créalo vuesa merced,
que así lo ha dicho la vieja.

CON. Qué vieja?

BER. La que custodia
á Elvira.

CON. Quizás pagada...

BER. No es posible, que indignada
como vos mismo, los odia.

CON. Haced que á esa vieja vea;
llamadla.

BER. No tardará,
porque me dijo... Aquí está,
y hablaros, señor, desea...

CON. Retírate. (*Vase Bertran.*)

ESCENA VII.

El Conde, Urganda.

URG. Guárdeos Dios!

CON. Despachad; qué se os ofrece?

URG. Poca cosa. Si merece
esta sierva hablar con vos...

CON. Decid, pues.

URG. A mi cuidado
pusísteis á Elvira bella...

CON. Y bien cuidábais de ella,
consintiendo que arrojado
el robármela intentára
ese Ferrando!

URG. A no ser
porque burlé su poder,
de juro se la llevára.
CON. Insensato! Ha de pagar...
URG. Bien provocó vuestro enojo;
que fué temerario arrojo
este castillo escalar.
CON. Mereces mi confianza,
buena dueña.
URG. Bien lo creo.
CON. Mas preguntarte deseo
si debo alguna esperanza
abrigar de que mi Elvira
pueda quererme por fin.
URG. Y es el Conde de Lerin
quién de amor así suspira?
CON. Confieso que me sonroja
referirte tal desvío,
y que no debe mi brío
contemplar á quien le enoja;
pero tambien es verdad
que al mirar su frente pura,
me desarma su hermosura,
me acobarda su beldad.
Confieso que veces mil
al ir con tierno embeleso
á imprimir un dulce beso
sobre su frente gentil,
he sentido que mi lábio
resistiendo lo que anhela,
con su liviandad recela
inferirla algun agravio.
Vive Dios que me avergüenzo!
URG. Si en aflijirse se empeña...
CON. Yo muero, sí, la mi dueña,
si tanto desdén no venzo.
URG. A eso iba. Qué no alcanza
el oro, qué la malicia
de una dueña, que propicia
adquiera su confianza?
CON. Te entiendo, sí.
URG. Y quién se arredra
y á su suerte se abandona,
si prudente reflexiona
que el agua labra la piedra?
CON. Dueña, la vida me das
haciendo torne la calma

á apoderarse del alma
cual otro tiempo, quizás.
A tu placer tienes oro,
joyas de mucha valía,
brocados y pedrería,
todo mi rico tesoro;
todo, y más y más emplea
en ella para halagarla,
y á mi favor inclinarla,
segun mi pecho desea.
Ofrece, malgasta, tira;
nada apetezca tampoco,
que todo, la dueña, es poco
si llega á amarme mi Elvira.

URG. Sí será, que no hay en esto
nada imposible.

CON. Oh ventura!

URG. Yo os ofrezco su ternura.

CON. Avisad, la dueña, presto...

URG. Adios!

CON. Adios!

URG. (Si le inspiro
con tal arte confianza,
mi apetecida venganza
cual quiero, cumplida miro.) (*Vase derecha.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE *y* BERTRAN *que sale izquierda.*

CON. Bertran?

BER. Señor?

CON. A Ferrando.
darás esta noche muerte.

BER. Y cómo?

CON. De cualquier suerte.

BER. Pero señor...

CON. Yo lo mando.

BER. Y al escudero?

CON. Tambien.

BER. Morirán si á vos os plugo;
á buscar voy al verdugo.

CON. Veremos quién vence á quién.

MUTACION.

Subterráneo del castillo; varios peñascos esparcidos por la escena: en el centro un grupo de ellos: dos bancos de peñascos, donde estarán sentados Ferrando y Tembleque.

ESCENA IX.

FERRANDO *y* TEMBLEQUE.

TEM. Que tales cosas me sucedan á mí! Qué he hecho yo para ser así perseguido y encerrado sin comunicacion alguna? Y digo, á este paso la vida es un soplo!
FER. Tembleque!
TEM. Señor.
FER. Dónde estás?
TEM. Aquí; acérquese y me hará un gran favor. Estoy temblando de miedo!
FER. Miedo tú?
TEM. En cuanto se conoce.
FER. Estoy desconsolado!
TEM. Y yo sin consuelo!
FER. Por tu causa.
TEM. Por mi causa, no. Quién os mandó anoche ir á la ventana de Elvira? Tenia yo algo que ver con ella? Pues si no hubiéramos ido, seguramente nadie hubiera tropezado con nosotros, ni habríamos contraido los compromisos que nos han puesto á caldo.
FER. Elvira!
TEM. Eso es; para Elvira todos los recuerdos, todas las lágrimas, todas las consideraciones; y para esta víctima inocente de vuestros enredos, ni una mirada de lástima siquiera.
FER. Tú deliras!
TEM. Porque digo la verdad?
FER. Yo voy á morir de pena.
TEM. Y yo de miedo.
FER. Que triste situacion!
TEM. Y ved lo que son las cosas; los dos morimos del mismo modo, por causas enteramente distintas. Vos moris de pena, porque quereis casaros con Elvira, y yo de pena tambien, porque no quiero casarme con Urganda.
FER. Pero tú tienes en tus manos tu felicidad y la mia.
TEM. Sí, ya lo creo! Una felicidad de mil y cien años! Una felicidad sin dientes ni muelas, y que hay que bajar por ella hasta el fondo de un sepulcro! Si á esto llamais felicidad, qué reservais á la desgracia? No... no... no me comunico!
FER. Pero un sacrificio...
TEM. Pues me agrada la frescura! Como esperais apurar en los brazos de Elvira la copa del placer y la ale-

gría, os importa muy poco que en las canillas de Urganda apure yo la del dolor y la amargura!

FER. Ah!

TEM. Nada; he formado mi resolucion inapelable, y no me caso, aunque me maten! (*Trueno fuerte.*)

FER. Oyes?

TEM. Santo Dios! Santo fuerte! Santo... (*Dándose golpes en el pecho.*)

FER. Hasta Dios se ha enojado de tu negativa!

TEM. Que se anoje!

FER. Consiente, sí...

TEM. No consiento, no... no me caso... (*Cae un rayo sobre un peñasco, que se abre y aparece la sombra de D. Alfonso I, Rey de Navarra.*)

FER. Dios me valga!

TEM. Hüy!... Qué será esto?

ESCENA X.

Dichos y la SOMBRA *del rey Alfonso.*

SOM. Quién es el que profana de este sitio
la quietud eterna? Quién sois vosotros?
La calma á perturbar venís osados
de los que aquí reposan? Decíd presto;
decíd, ó vive Dios! que transformados
en piedra quedareis en este puesto!

FER. El Rey batallador, Alfonso es ese!
(*bajo á Tembleque.*)

TEM. Qué tengo yo que ver con los Alonsos?
No me queda ni aun sangre, que del susto
se heló en el corazon!... Misericordia!

SOM. No quereis responder? Quereis que truene
airado el cielo, y que la voz sagrada
tremendà por el ámbito resuene?

FER. Ilustre Rey! Aquestos que aquí miras
no sacrílegos son; no son traidores;
son dos víctimas tristes, de las iras
del Conde de Lerin.

SOM. Del Conde has dicho?

FER. Del mismo, gran señor.

SOM. Ya lo esperaba.
Cuál es tu nombre?

FER. Llámome Ferrando.

SOM. Ferrando... nada más?

FER. No sé más nombre.

SOM. Y tus padres?

FER. Oh! Dios! No sé quién fueron.

Una anciana entregóme á unos pastores
cuando la luz de mi angustiada vida,
comenzaba á rayar sus resplandores...

SOM. Luego pechero sois?

FER. Sí, de la plebe.
Pero siento latir dentro del pecho
un noble corazon; siento en mí brios,
para poder con mi robustas manos
las cabezas tronchar de los tiranos.
Tirano fué conmigo el Conde!

SOM. Infame!...

FER. Valiera más que muerto me dejára.

SOM. Te redujo á prision dura y estrecha?

FER. Robóme el dulce bien que adora el alma!

SOM. A tu amada robó?

FER. Robó: y con ella
la vida me arrancó; la vida y calma.

SOM. Malvado Conde!

FER. A mis clamores sordo,
ni el llanto del candor y la inocencia
ablandarle logró.

SOM. Vil caballero!

FER. Tan solo á mi dolor una hechicera
compasiva acudió... la buena Urganda.

SOM. Urganda!

FER. Oyó mi voz...

SOM. Urganda! Es cierto?

FER. Prometióme salvar á Elvira bella...

SOM. Acaba; y no cumplió?...

FER. De este escudero
en el acto exigió formal palabra
de casamiento...

SOM. Y qué?

FER. Que no ha querido
su contrato cumplir con la hechicera.

SOM. Torpe escudero! Tu informal conducta
mil males causará sobre la tierra.
Pidiérante, menguado, que asaltases
en medio de un combate cien trincheras;
pidiérante tambien que lanza en mano
un escuadron de infieles deshicieras,
ó que en el tajo vil, como cristiano,
por tu Dios y la ley santa murieras...

TEM. Hasta el rey!... Hasta el rey...

SOM. Mas desdecirte
por no llevar al tálamo una fembra?...
Apártate de mí; vete, bellaco!

TEM. (Ojalá que pudiera!)
SOM. Y tú no sabes
el servicio que en ello prestarías
á tu pátria, infeliz? Aquí penando,
vagando en esta cueva por el robo
de los vasos sagrados que mis tropas
hicieron en Sahagun; aquí sufriendo
para siempre estaré. Pero, entretanto
no se cumpla un mandato, que el destino
en su libro escribió...
FER. Ves? Un mandato!
TEM. Ya lo escucho, señor!
SOM. En vano un tiempo
de la morisma infiel triunfé en Egea,
Zaragoza, Cotanda, Tarragona
y en otros puntos mil... Tales bravezas,
tan heróicos esfuerzos, no lograron
la página borrar del sacrilegio...
TEM. (Pobre rey! Pobre rey!)
SOM. Por él en Fraga,
al frente de estos muros, fuí vencido;
y por él en Monzon, en lucha horrenda,
derrotado quedé...
FER. Triste recuerdo!
SOM. Triste recuerdo, sí! Lleno de heridas,
exánime, mortal, entre cadáveres
sepultado me ví, cuando esa Urganda
acudió en mi socorro; ella libróme
de la mengua cruel, terrible, fuerte,
de que hubiesen los moros mi cabeza,
clavada en una lanza, tremolado...
TEM. Me enternece...
SOM. Condújome á esta cueva,
y en ella peno, entre congojas hartas.
Mi cuerpo en este sitio fué enterrado;
mas el alma se agita en mil suplicios,
sin al cielo subir por mi pecado,
ni al infierno bajar por mis servicios.
FER. Y hasta cuándo, buen Rey?...
SOM. Hasta que cumpla
Urganda un voto, que sin duda el mismo
es de casarse...
FER. Con Tembleque?... Escucha,
escucha... Por piedad! Un rey lo pide!
TEM. Ya me rindo, señor, por patriotismo!
SOM. Tu cívico valor el cielo premie!
(*Desaparece la sombra.*)

ESCENA XI.

FERRANDO, TEMBLEQUE, *despues* URGANDA.

FER. Me has vuelto mi felicidad! (*Abrazándole.*)
TEM. Y cómo habia de ensordecer á la voz de la pátria? Ay! ya me caso: me caso!
FER. Qué ventura!
TEM. De veras que ese buen hombre me ha enternecido. Mas tate! Desapareció!
FER. Sí, desapareció! (*Se abre uno de los peñascos, por el que sale Urganda.*)
URG. Pero yo estoy aquí.
TEM. (Más pronto no podia llegar. La voz del casamiento hace diligentes hasta á las momias.)
FER. Urganda!...
URG. Vibraron en mis oidos tus palabras.
TEM. Buena oreja!
URG. Conque ya quieres casarte conmigo?
TEM. Sí, la pátria lo pide así; esta pátria tan cara y tan recara para mí! A otros manda morir en el campo de batalla, ó en medio de las calles, y de mí exije que me case con vos. Cómo ha de ser? Cúmplase en mí su santísima voluntad.
URG. Huye conmigo de esta sombría mansion.
FER. Pero, no os acordais de mí, buena señora?
URG. No; vos os quedais aquí en rehenes.
TEM. Sopla!
FER. En rehenes! De qué?
URG. De la palabra de vuestro escudero. Ya en una ocasion ha faltado á ella; y por si otra vez lo hace, quiero tener una víctima segura que sacrificar.
FER. Y he de pagar yo la inconsecuencia de ese menguado?
TEM. Cómo menguado?
URG. Sí; del mismo modo que por vuestra causa se ha visto perseguido y maltratado, así vos debeis ahora sufrir por él alguna cosa.
TEM. Ajajá! Viva mi Urganda! Eso es; justicia á secas! De veras que ya me va gustando mi futura. Siempre me ha tocado á mí caer debajo; bueno es que ahora se truequen los papeles.
FER. Oh! Pues no saldreis de aquí!
URG. Ignorais quién soy?
FER. Es verdad! Pero al ménos dadme noticias de mi Elvira.
URG. Vivid sin recelo. He llegado á inspirar confianza al Conde... y no teneis que temer por ella.

Fer. Pues que yo la vea siquiera un instante; vos que todo lo podeis...
Tem. Sí, que la vea; yo me empeño; haced una gracia al novio.
Urg. Lo haré por complacerte; pero ha de ser con la condicion, que despues que la veais, habeis de reduciros vos mismo á vuestro encierro, y no saldreis de él hasta que yo esté casada.
Ber. Os lo ofrezco.
Urg. Lo jurais por vuestro honor?
Fer. Os lo juro.
Urg. Voy á traerla.
Tem. Quereis que os acompañe?
Urg. No. (*Desaparece Urganda por el peñasco.*)
Tem. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu... (*Se oye rumor dentro.*)
Fer. Tembleque?...
Tem. Señor?
Fer. Oyes rumor?
Tem. Oigo.
Fer. Se sienten pasos... sí... hombres armados.
Tem. La hemos hecho buena. Ya están ahí.

ESCENA XII.

Ferrando, Tembleque, Bertran; *dos verdugos, soldados.*

Ber. Ferrando, disponeos á morir.
Fer. Cielos!
Ber. En dónde está tu escudero?
Tem. Ha salido, no está en casa.
Ber. Ah! bribon! Acércate.
Tem. Estoy ocupado.
Ber. Ahora lo veremos; verdugos, despachad con él, y vosotros, prended al escudero.
Tem. Al que se acerque le aplasto la mollera. (*Cogiendo un peñon disforme.*)
Fer. Asesinos! No hay quién me socorra?
Ber. Adelante. Ejecutad mis órdenes.
Tem. Ahora lo vereis. Socorro, Urganda.

ESCENA XIII.

Dichos, la Sombra *de* Alfonso I *por escotillon.*

Som. Decid al Conde, que sin justicia nada alcanza!

Trasformacion general.

En una decoracion caprichosa, á gusto del pintor; las hachas

de los verdugos vuelan, y ellos quedan trasformados en bailarinas; Bertran y los soldados huyen; la Sombra desaparece.

BAILE GENERAL DE NINFAS.

FER. Mi Elvira!
ELV. Prenda amada!
TEM. Quietecito, señor, no vayais á echarlo á perder con vuestros arrebatos.
FER. Déjame que la contemple.
TEM. Contempladla hasta que os volvais mico. (*Aquí el baile.—Concluido el baile, se marchan las bailarinas, llevándose á Elvira.*)
URG. Ya satisfice vuestro deseo. Adios, Ferrando; vámonos nosotros. (*A Tembleque.*)
TEM. Adios, señor.
FER. No te olvides que quedo aquí en rehenes, y que de tu resolucion están pendientes mi vida ó muerte.
TEM. No hayais miedo, señor, quedad tranquilo.
Más fácil será ver sin luz el alba,
esa enorne nariz volverse roma,
ver poblada de pelos esa calva
y en hermosa trocarse esa estantigua,
lo que es más imposible aun que nada,
que abandonaros vuestro fiel Tembleque.
Valor me sobra (aunque me faltan ganas.)
Volemos á la lid! (El mal camino
se debe pasar pronto.)
URG. Oh, gozo!
TEM. En marcha.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon de retratos de familia: estarán sobre pedestales.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Bertran, Escuderos, Urganda *y gente armada.*

Con. Estás delirando, Bertran?

Ber. No deliro, señor; penetramos en el subterráneo; pero nos vimos obligados á retroceder á la vista de un espectro, capaz de infundir pavor al ánimo más arrojado.

Con. Tú has soñado?

Ber. Que no es sueño, señor. Su voz era la del trueno.—«Decid al conde, (nos gritó,) que sin justicia nada alcanza.»

Con. Que sin justicia nada alcanzo?

Ber. Así fué.

Con. Sin duda alguna intentó burlarse de vuestro miedo, y lo consiguió.

Ber. Si quereis desengañaros por vos mismo, guiad á la caverna y os seguiremos.

Con. Sí que iré, y solo y sin armas. Con mis manos destrozaré á todo el que intente probar mi valor. Seguidme; yo os presentaré la cabeza de ese Ferrando cortada con mi propio acero. (*Váse.*)

Ber. Vamos.

Todos. Vamos. (*Vánse detrás del Conde.*)

ESCENA II.

Urganda, *despues* Tembleque *por escotillon.*

Urg. Anda, sí..; engríete con una esperanza que no conseguirás! Tembleque? (*Llamando.*)

Tem. Señora mia? (*Por escotillon.*)

Urg. Es preciso que se prepare la ceremonia de nuestro casamiento.

TEM. Hay más que ir á la Iglesia?
URG. Sí, pero...
TEM. Quereis saber mi nombre? Yo me llamo Canuto Tembleque y Cerotipia, hijo de otro y de Claudia Medrana y Cerbellin; familia ilustre, que en todas nuestras guerras con los moros, ha sido la primera en las retiradas, y la última en los asaltos y lances comprometidos.
URG. Lo sé.
TEM. Nací en esta villa de Fraga, por los años de no sé cuántos, dia de no sé qué, de un mes que no me acuerdo.
URG. Entendido.
TEM. Mi señora futura deberá decirme ahora sus cuatro abolengos, que seguramente fueron los que azotaron á Cristo.
URG. Bien; esta noche irás conmigo á la Iglesia, y al mismo toque de ánimas nos echarán la bendicion. (*Yéndose.*)
TEM. Pero á dónde vais? Me dejais aquí, solo, aquí en medio de mis enemigos, de los que harian conmigo una fechoría?
URG. Nada te sucederá. Para que te defiendas, tienes á tu disposicion dos valientes, que aparecerán cuando los llames.
TEM. Dos valientes?
URG. Miralos ahí. (*Salen dos eñanos por los escotillones de derecha é izquierda.*)
TEM. Guapo! Buena gente para un caso comprometido! Esto es burlarse, Urganda! Hablemos claro; ¿quién defenderá á quién? Ellos á mí, ó yo á ellos? A ver, camaradas? (*Hombreándose con ellos.*) Nada; no me sirven; que se marchen benditos de Dios!
URG. Que se marchen! (*Se van por escotillon.*)
TEM. Abur!
URG. Pues entonces, qué es lo que quieres?
TEM. Toma! Quiero gente capaz de sacarme de un aprieto, de servirme en un apuro.
URG. Vaya... ahí tienes lo que me pides. (*Salen dos dueñas por otros dos escotillones.*)

ESCENA III.

Dichos y las DUEÑAS.

TEM. Dueñas! Dios me ampare! Y esta es la gente que ha de defenderme en caso de apuro? Alabo la ocurrencia!

URG. Y por qué no!
TEM. Se conoce que ya teneis barruntos de ser mi esposa, segun los adlateres que me presentais. No **haya** miedo que de esta suerte llegue á seros infiel.
URG. Con que no las quieres?
TEM. No me sirven, señora... Y luego tan calladas...
DUE. 1.ª Qué nos manda el señor escudero? (*Las Dueñas empiezan á hablar, quitándose una á otra la palabra, y tirando á Tembleque por uno y otro lado.*)
DUE. 2.ª Aquí estamos para cuanto se le antoje.
DUE. 1.ª Quítese de aquí la bruja!
DUE. 2.ª Ella será la mala cristiana!
DUE. 1.ª En Dios y en mi ánima, que tengo á mengua hablar con vuesa merced.
TEM. Por Dios! por Dios! Que han soltado la tarabilla.
DUE. 2.ª A mi con esas?
DUE. 1.ª A mí la desconocida?
2.ª Mire, señor Tembleque...
1.ª Señor Tembleque, mire...
TEM. Fuera brujas.
2.ª No haga caso de la muy...
1.ª Noramala para ella!
TEM. Que me volveis loco, malditas!
1.ª Véngase conmigo, y tendrá pensamientos de ángeles que se le antojen.
2.ª No me quite la feria, so mala criatura.
1.ª A mí... á mí, que soy de los Wambas!
TEM. Fuera!
1.ª Y tengo casa solariega...
2.ª Y mentiras, que todo lo sabe Dios, y álguien más.
TEM. Urganda!
URG. Qué quieres?
TEM. Que se larguen con una legion de diablos!
URG. Que se vayan.
1.ª Véngase, véngase, y verá lo que es bueno.
2.ª Que ha de venir conmigo.
1.ª Por aquí, ó sabráse quién es Calleja!
2.ª Allá lo veredes!
1.ª Tan honrado es el Conde, como los gitanos!
2.ª Para esto vine á este pícaro mundo!... (*Ahora se hunden.*)
1.ª Qué se dirá de los Wambas?
2.ª Me alegro, por tal que no se lo lleve esa farolona y tres puntos mas.
1.ª Me place, porque así no conseguirá su gusto esa enredadora de mala casta!

ESCENA IV.

URGANDA *y* TEMBLEQUE.

TEM. Gracias á Dios! (*Se pasea muy sofocado.*) Urganda, os estais burlando de mí! Quiero que para quedarme aquí, me proporcioneis quién me defienda, y me mandais Enanos y Dueñas! Merezco yo esto?

URG. Y no te basta tu Urganda? Invócala si te ves acometido, y te salvará.

TEM. Acabárais! Conque si alguno se empeña en repasarme las costillas, no tengo mas que invocar vuestro nombre?

URG. Cabal.

TEM. Convenido; pero no os aparteis mucho; pudiera suceder que cuando viniéseis, ya me hubieran arrimado unos cuantos de los incurables...

URG. Vendré al instante. (*Vase.*)

ESCENA V.

TEMBLEQUE *solo.*

TEM. Héme aquí solo, en mi solo caos; héme aquí como si digésemos en capilla, esperando por momentos mi hora de unirme para siempre con un cementerio ambulante. Y habrás de casarte, Tembleque? Medítalo bien. He oido decir, que con la discusion se llega á esclarecer la verdad, deslindar lo bueno de lo malo; en una palabra, á conocer lo mas conveniente. Pues bien, discutamos.—Hareme cargo de que estoy en una junta de doctores; y á propósito; estos retratos servirán para aumentar mi ilusion.—Este que parece el de una persona respetable, hará de presidente; los demás serán dignos miembros de la improvisada asamblea. Magnífico, con eme grande! Ahora toso. (*Tose.*) Toco la campanilla; tilín, tilín. (*Todo lo que vá diciendo lo ejecuta.*) Y digo con voz de hombre de pró: Dase principio á la sesion.—(*Siempre que cambia de puesto cambia de voz.*) (Se observa un profundísimo silencio, y la mayor ansiedad en las tribunas.) Bien, adelante. Uno de los señores secretarios, despues de toser, etc. lee la siguiente proposicion.—(Crece la ansiedad.) «Se pide que se abra discusion sobre si deberá ó no casarse el señor don Canuto Tembleque y Cerotipia, hijo de otro y de Claudia Medrana y Cerbellin.»—Pido la palabra.—Pido la palabra.—Pido la palabra.—Orden, señores, órden! Yo la pido en pró; y yo, y yo,

y yo!—Poco á poco, señores! Que pido la palabra en contra; y yo, y yo!—Tilín, tilín.—Orden, señores!—Cada partícipe hablará segun su turno.—Yo le tengo el primero en pró.—Concedido.—Tiene la palabra en pró el señor de los bigotes.—El señor de los bigotes subiéndose en un banco.—Señores, es la primera ocasion que molesto la atencion de esta ilustrada reunion, que tendrá en consideracion, ya que no soy un Ciceron, á lo menos mi intencion. Señores, en conclusion, apoyo la proposicion, por ser más que de razon, que al punto, y sin discusion, cumpla con su obligacion ese novio remolon.—Bien! Bien! (Aplausos!) Pido la palabra.—Chiton!—Que es para una alusion... Tilín, tilín; atencion!—Concluyo mi narracion; diciendo que la nacion se encuentra en un apreton, y si el novio socarron, no quiere la bendicion, le arrimaré un torniscon.—Bien! Bien! (Aplausos prolongadísimos.)—No quiero víctores ni aclamaciones! (Se sienta el señor de los bigotes.)—El señor del lobanillo en la lengua tiene la palabra en contra.—Señores; acabada en fin, la peroracion esplin, de mi antípoda ruin, no debe, á lo que piensa, mi sin igual magin, dar la mano Tembleque, á esa vieja Puerco-espin.—(Fuerte gritería.)—Qué te he hecho, pueblo ingrato?—(Nuevos silbos.) Orden!—pide la palabra.—La tiene el señor en pró.—No lo consiento.—Es una parcialidad.—Orden!—Aquí estamos cohibidos.—Es una tiranía.—Tilín, tilín!—Que se me deje usar de mi derecho.—Señor presidente, órden.—Hablen todos y calle uno.—Eso, eso.—Qué se dirá de nosotros?...—Que digan.—Que nos contempla el mundo.—Mi palabra.—Tilín, tilín.—Señores; esta es una confusion, una algarabia. Si así vamos, *Dios salve mis orejas*! Y qué he sacado en limpio de mi debate? Nada.—Oh! sí, una importante verdad; que entre casarme ó entrar en discusion, todo es peor; yo, si antes, que por solo casarme merecia una corona cívica, ahora la merezco con doble motivo. Hola! aquí está la corona. (*Se la coloca en la cabeza.*) Guapo! Parezco un autor de comedias, un hijo del Parnaso, un poeta coronado! Digámosla, imitando al otro. (*Quitándosela.*)

«Cuánto deslumbras, corona!
Cuánto puedes! Cuánto alcanzas!
Cuántas son mis esperanzas!
Cuánto tu gloria te abona!
Cuánta cábala eslabona

alguno en tierra del Cid,
para con mísero ardid
tocar su frente á tu encanto!...
Pero no se engría tanto
que en merecerte esta el quíd.»

ESCENA VI.

TEMBLEQUE *y* BERTRAN.

BER. Veré si el Conde... Mas qué miro?
TEM. (Ya la hicimos!)
BER. No sois el escudero de Ferrando?
TEM. No señor.
BER. Sí, sois vos.
TEM. No señor.
BER. Cómo no?
TEM. No señor.
BER. El escudero que yo mismo amarré á la ventana de Elvira?
TEM. No señor.
BER. Conque os habeis fugado del subterráneo en que yo mismo os dejé encerrado?
TEM. No señor.
BER. Basta ya! Daos á prision!
TEM. No señor!
BER. Seguid por ahí, ó vive Dios que os paso de una estocada.
TEM. No señor!
BER. Hola! os resistís?... Quereis que os mate? (*Sacando la espada.*)
TEM. No señor.
BER. Encomendaos á Dios. (*Va á acometerle.*)
TEM. Socorro, Urganda!

MUTACIÓN.

(*Bertran se hunde. El salon se trasforma en un delicioso bosque, que figura el templo del Dios Baco; en el que se vé al Dios Baco, rodeado de bacantes, sátiros, etc.*)

ESCENA VII.

TEMBLEQUE, *el* DIOS BACO, *bacantes, sátiros.*

TEM. Qué es lo que miro? Este es el paraiso terrenal ó las delicias de Jauja, ó cosa por el estilo? Y estas gentes, quiénes serán? Parecen de buen humor. Pues señor, no hay duda; seguramente yo me he muerto y he venido derechito á la gloria. Haréme el desen-

tendido, no sea que al reparar en mí, se les ocurra echarme otra vez á la tierra con cajas destempladas. Adios, ya me ha visto.(*El Dios Baco y demas se dirijen á Tembleque.*)

BACO. Atrevido mortal, que estos lugares
osaste traspasar sin mi licencia;
quién eres, dí?

TEM. Señor, un escudero
víctima del capricho de un amante
pobre y loco además; pues es probado
que amante pobre es loco rematado.

BACO. Cómo has venido aquí?

TEM. Yo no he venido;
que á decir la verdad, me han remitido.

BACO. Por mi fé, lo que dices no comprendo!

TEM. Será así; pues yo mismo no me entiendo.

BACO. Esplícate mas claro, ó por mi nombre...

TEM. Os diré la verdad; mas no os asombre!
Tembleque Cerotipia fué mi padre;
yo soy Medrana, Cerbellin mi madre;
mi tio, Jindama... y yo... si... hablar no puedo.
señor... no lo estrañeis... me embarga el miedo!

BACO. Y qué quieres de mí?

TEM. Ser vuestro amigo.

BACO. Nada más?

TEM. Nada más.

BACO A ello me obligo;
y pues mi proteccion has invocado,
y mi franca amistad te he dispensado,
te convido á gozar hoy de la fiesta
que para culto mio está dispuesta.
Dadle una copa.

TEM. Venga, voto á Baco!

BACO. Ese soy yo!

TEM. Señor... (*Cayendo de rodillas á sus pies.*)

BACO. Alza, bellaco.
Apura del licor la esencia grata:
las duras riendas del placer desata.
Ea, bacantes, que reine la alegría
y todo sea placer en este dia. (*Los bailarines rodean á Tembleque y le hacen beber.*)

CORO BAILABLE.

Viva el Dios Baco,
viva, decid!...
Paz y alegría,
Gloria sin fin!...

Gloria á su nombre
por años mil,
viva, que plácido
nos da la vid.

Estrofa. Qué grato placer
no inspira la bella,
que tierna querella
oyendo de amor,
nos brinda en su seno
ansiado y divino,
la copa de vino
que el lábio tocó!

—

Coro. Viva el Dios Baco, etc.

(*Concluido el coro y el baile, se marchan danzando los sátiros, las bacantes y el Dios Baco.*)

Tem. Este es el mejor traspaso que me ha ocurrido, desde que mi futura me trae al retortero. Hola! Se concluyó? Oigan sus señorías... otro ratito de jaleo... Todo se me anda... Firmes! Por aquí se fueron; no, que fué por allí... Que separen estos pámpanos, para que yo pueda ir por mi camino!... Ya está, de frente... Marchen! Ram, tam, plam, plam... (*Vase tropezando.*)

Mutacion. *Salon corto.*

ESCENA VIII.

Urganda *y* Elvira.

Urg. Elvira, sosiega.

Elv. Señora, no puedo.
Las penas amargas
que aflijen mi pecho,
clavándole impías
mil dardos acerbos,
no dejan, señora,
lugar al contento.

Urg. Me duele tu pena,
mi Elvira, en extremo,
mas no de ese modo
que sufras apruebo.

Elv. Ferrando!...

Urg. Ferrando.
devora en silencio
tambien tus pesares.
Mas ya que el adverso
destino, ha querido

salir al encuentro
de nuestra ventura,
tomad mi consejo.

ELV. Que olvide á Ferrando?

URG. No; pero ese intenso
dolor que te aqueja
desecha...

ELV. No puedo!...
Que dentro del alma,
con tanto embeleso,
con tanto delirio
y afan, ay! tan tierno,
le tengo grabado,
que en valde el empeño
seria arrancarlo
de aquí... de su imperio.

URG. Con todo, si el Conde...

ELV. Que venga; no temo
ni su ardiente furia
ni el vil desenfreno
con que quiere torpe
mandar en mi pecho;
me inspira tal ódio...

URG. Elvira!

ELV Primero...
no sé... (suerte insana!)
mi muerte consienta,
que amar á ese Conde

URG. Con todo, no es bueno
que tanta dureza
uses con su ruego.

ELV. Há poco que al verle
junto á mí, soberbio,
hablando liviano
de amor... Sacrilegio!
por poco sus labios
para siempre sello.

URG. No debes, mi Elvira...

ELV. El fué, quien perverso
robó á aquesta triste
la calma y sosiego!
El fué quien aleve!...

URG. Más piensa primero
que está tu Ferrando
en sus redes preso,
y si le exasperas...

ELV. Seguid... me estremezco...

Ferrando...

URG. Irritado
quizá el conde, ciego
intente...

ELV. Matarlo?

URG. Sin duda.

ELV. Ay! Comprendo.
Mas vos, no podeis
salvarlo?

URG. Lo ofrezco.

ELV. Mi vida ya es vuestra.

URG. El Conde?

ELV. Me alejo. (*Vase.*)

URG. Sí, pronto. Ya llega;
su faz observemos.

ESCENA IX.

URGANDA *y el* CONDE.

CON. Quién estaba contigo aquí, dueña? Era mi Elvira?

URG. La misma.

CON. Oh! felicidad! Y qué has alcanzado de ella?

URG. Mucho, señor. Elvira ya os mira sin repugnancia, y tengo seguras esperanzas de que pronto, muy pronto se rendirá á vuestro amor.

CON. Qué ventura! Corro á hablarla.

URG. No, esperad; tengo que revelaros un secreto importante; hace pocos momentos, estando á solas en mi cuarto, entró Bertran, vuestro escudero, y confidencialmente me dijo, que se le habia aparecido en la cueva, la sombra del rey don Alfonso.

CON. Dueña!...

URG. Como lo oís; y le dijo que estaba en su mano haceros desaparecer como el humo; que poseia todos vuestros secretos... y le habló además de una Urganda.

CON. Urganda?

URG. La Desconocida.

CON. Acaba.

URG. De una guerra sin trégua que vos y esa Urganda os haciais; de no sé qué aventura con un tal Amadís de Gaula, y cierto hechicero llamado Arcalaus...

CON. Arcalaus?

URG. Si, le conoceis?

CON. No.

URG. Pues la sombra le aseguró que érais vos mismo.

CON. Yo? Qué locura!

URG. Verdad que lo es? Y además, le dijo: no le temas

hoy, porque desde la víspera del dia de San Juan que estamos pasando, hasta sonar la última campanada de las doce de la noche, no tiene poder ninguno, es igual á otro hombre cualquiera.

CON. (Estoy perdido!)

URG. Añadiéndole, que si en este dia, al toque en punto de las ánimas, vuestra rival... esa Urganda, á quien tanto odiais, lograba recibir la bendicion nupcial, para lo cual estaba concertada con el escudero de ese Ferrando, desapareceria para siempre vuestro mágico poder.

CON. Oh! Basta! Basta!

URG. Pero como podeis calcular, yo no debia creer tales supercherías, y no las he dado crédito.

CON. Has hecho bien.

URG. Ahora quiero ir yo misma á ver á vuestra Elvira, y á hablarla de vuestro amor, á halagar su corazon con vuestras dádivas, para que se rinda á vuestros deseos. (*Váse por donde se marchó Elvira.*)

CON. Qué me sucede?... Están descubiertos todos mis secretos! Ah!... Alfonso!... Pero ese escudero...

ESCENA X.

El CONDE, *y* BERTRAN *por la derecha.*

BER. Señor!

CON. Ah! Bertran!... A buen punto has llegado.

BER. En qué puedo serviros?

CON. Dime, es cierto lo que has referido á la dueña sobre la aparicion del rey don Alfonso?

BER. Cierto, señor.

CON. Es necesario á toda costa apoderarse del escudero de ese Ferrando.

BER. En este momento se encuentra en la galería del castillo, burlándose de nosotros y despreciando vuestro supremo poder.

CON. Estará favorecido por esa Urganda! Pero no importa; sígueme, yo le haré desaparecer para siempre.

MUTACION.

El teatro representa la galería final del acto primero.

ESCENA XI.

TEMBLEQUE, *con una bota de vino;* ELVIRA, *y despues el* CONDE, BERTRAN, *soldados y escuderos del Conde.*

TEM. No hay miedo, Elvirita, nada teneis que temer, porque yo soy un maton.

ELV. Ferrando!...
TEM. Ferrando, sigue preso y sin cabeza.
ELV. Cielos!...:
TEM. No os asusteis, porque le falte la cabeza: ha sido un percance que él mismo no ha podido evitar.
ELV. Cómo?
TEM. Que está loco, y ha perdido la chabeta.
ELV. Pero sigue preso aun?
TEM. Toma que toma! Y estará hasta que yo tome posesion de mi nuevo estado. Mi futura, no fiándose de mi palabra, lo tiene allí en rehenes.
ELV. Callad, que se acerca el Conde!
TEM. Qué Conde ni calabaza? Os vais?
ELV. Sí. (*Vase.*)
TEM. Pues salud y pesetas. (*Se oyen cajas y clarines dentro.*) Que vengan; aquí los aguardo; no les temo.
BER. Miradlo; allí está!
TEM. Aquí estoy, sí, aquí estoy.
CON. A él!
TODOS. A él!
TEM. Socorro, Urganda! (*Van á dirigirse para apoderarse de Tembleque, y á la voz de «Socorro, Urganda,» se convierte la galería en el castillo del primer acto, quedando encerrado el Conde, Bertran y los soldados, y Tembleque á la parte exterior.*)

MUTACION.

TODOS. Qué es esto?
TEM. Já, já, já! Salid fuera, cobardes! No sois valientes? Aquí os espero!
BER. Le favorece el demonio!
TEM. Es envidia ó caridad? Já, já, já!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala de paso del Castillo de Fraga con una trampa en medio del tablado, que permita bajar por ella á dos personas.

ESCENA PRIMERA.

URGANDA *y* TEMBLEQUE.

TEM. Si viérais qué comprometido me ví!
URG. Con que te perseguian?
TEM. Como que ya me tenian entrecogido, hasta que acordándome de vos, dije, «Urganda!» y pataplum! en un abrir y cerrar de ojos me encontré fuera del castillo.
URG. Ya ves si es grande mi poder!
TEM. Sí que lo es.
URG. Con que esta noche...
TEM. Es la noche de las noches...
URG. Ay! (*Mirando á Tembleque con coquetería y suspirando.*)
TEM. Qué es eso, os habeis lastimado?
URG. Que si me... ay!... no seas ingrato!
TEM. Coquetilla tambien? Pues estoy aviado! Dios me dé fuerzas, que bien las necesito! Pero vamos á cuentas, mi buena Urganda. No habeis podido encontrar otro esposo más á propósito que yo? Figuraos que hago muy mal casado; figuraos que he de sacudir de firme á mi cara mitad; que no he de darla para comer, ni para vestir, ni la dejaré salir á la calle, ni... (nada... no dá lumbre.) Y á todas estas figuraciones, añadid la de que cuando me enfado, soy un tigre, que muerdo y araño, y destrozo cuanto se me pone por delante!
URG. Hola! Quieres retraerte?...
TEM. Retraerme?... Quiá! Ni por pienso! Trataba solamente de presentaros un programa de vuestra vida futura, para que nunca os llameis á engaño, pero

una vez que admitís sin escrúpulos mis condiciones, marchemos, y yo el primero, por la senda matrimonial.

URG. Mucho me agrada veros tan complaciente; todo se encuentra dispuesto, de manera que á la primera campanada de las ánimas, nos echarán la bendicion.

TEM. (Sudores me dan de muerte!) Y despues, qué haremos?

URG. Despues... (Ay, qué rubor!) Cenaremos alegremente; beberemos un par de copitas de aquel vinillo añejo que tanto os gusta... y...

TEM. Sí, que me gusta! Y á propósito, señora mia, no fuera malo echar un trinquis fortis, antes del sacrificio; ¿no os parece bien pensado? Esto confortaría un tanto mi abatido espíritu... (Y me ayudaria á pasar con resignacion el trago amargo que me espera.)

URG. Qué no haré yo por dar gusto á mi deseada y apetecida cara mitad? Pero para complacerte, tendrás que bajar conmigo á la bodega.

TEM. Por eso no hemos de reñir; bajaremos aunque sea al infierno! (Digo, no; eso seria bajar demasiado.)

URG. Pues acércate aquí: levantaremos la trampa. (*La levanta.*)

TEM. Con mucho gusto! Cuerno, y qué oscuro está esto!

URG. Hijo mio, á buen bocado, buen grito!

TEM. Ya lo veo.

URG. Vamos, baja delante, y me darás la mano á fuer de galante caballero.

TEM. Con mucho gusto. (Uy! á esto se le llama mano! Si parece un manojo de espárragos!)

URG. Qué murmuras entre dientes?...

TEM. Yo nada. Encanto mio, bajemos.

MUTACION.

Decoracion de bodega caprichosa, á gusto del pintor, en el teatro se ven colgados lagartos, cocodrilos, etc. Un alambique, varias redomas; huesos y calaveras de muerto: en medio del teatro, una escalera de caracol rústica, que se pierde en las bambalinas.—Una mesa, dos asientos rústicos. Un estante en el que hay varios platos, fuentes, botellas, manteles, servilletas, etc. En el momento de subir el telon para esta mutacion se ve bajar de las bambalinas por la escalera á Tembleque y á Urganda que no hablarán hasta salir al tablado.

TEM. Sabeis que es cortita la escalera?

URG. Setenta y dos escalones?...

TEM. Como quien no dice nada!

URG. Tan jóven y os quejais!... Qué haríais con once siglos á cuestas?

TEM. No, no; si yo no me quejo.

URG. Vamos, qué te parece mi bodega?

TEM. Que está muy bien provista... solo que... Calla!... Cuántos huéspedes extraños! (*Reparando en las calaveras.*) Decidme, señora mia, qué papel hacen aquí esas calaveras?

URG. Esas calaveras son las cabezas de otros tantos escuderos, que se han negado á recibir mi mano en matrimonio.

TEM. Zambomba!

URG. Con que ya sabes la suerte que te aguarda, si llegas á arrepentirte.

TEM. Quiá! no, si yo estoy contento, muy contentísimo; (como si me ahorcaran!)

URG. En pago de esa galantería, quiero darte á beber un nectar delicioso, que está reservado exclusivamente para el conde!

TEM. (Todos los pícaros tienen fortuna.)

URG. Qué decias?...

TEM. Que me agradará probar ese néctar! (*Urganda se dirige al hogar durante el diálogo de Tembleque, y descuelga el candil para llevárselo.*) Dios mio! La carne se me despega de los huesos segun se vá acercando la hora! Ah! palabra empeñada! Qué será de mí esta noche? Pasarán las bendiciones y luego... luego... Triste de mí! Corramos un velo sobre cuadro tan lastimoso!

URG. Espérame aquí.

TEM. Que no tardeis mucho.

URG. Vuelvo al momento. (*Vase llevándose el candil, y queda la escena completamente á oscuras.*)

TEM. Qué es eso? Me dejais á oscuras?... Esperad!... Sí, échale un galgo! No, pues yo no me quedo aquí solo, sin luz y sin moscas, como suele decirse... Una luz! (*De la peña que hay á la izquierda sale una culebra con una luz en la boca.*) Ajajá! Ya esto es otra cosa. Zape!... Guapo! (*Reparando en la lumbre que se ha encendido.*) Con luz, y con lumbre, no se está aquí del todo mal; y si á esto se añadiera un poco de comestible, esperaria resignado la vuelta de mi futura, porque la verdad es, que se me ha despertado el apetito; pero supuesto que dice el refran, que «á falta de pan, buenas son tortas,» y ya que me veo privado de suministrar de pasto al estómago, se lo daremos al entendimiento, entreteniéndole con las diversas curio-

sidades que embellecen este recinto: Veamos!... (*Se dirige á uno de los letreros que hay en el telon.*) Hola, signos romanos!... No soy erudito. «Epitafio.» Vaya, esto está en cris mortal, de mí

Aprende, de ayer á hoy,
lo que vatiano.
ayer carne humana fuí,
hoy ni aun pergamino soy.

Con eso se ahorra de verse reproducido en tambor, ó zambomba, ó cosa por el estilo. Pasemos adelante. Este está vacío! Sigamos la procesion:

Aquí yace por su mal
un escudero taimado;
murió, por no haber tomado
estado matrimonial.

Para el pícaro que rehuse casarse! No seré yo ciertamente, y eso que bien reflexionado, se necesitan agallas para apechugar con la prójima... Pero advierto que se prolonga demasiado la ausencia de mi futura, y esto no me dá muy buena espina!..... Si querrá jugarme alguna mala pasada?... Ah! no, volvámosla su crédito; aquí está ya. Hola! y acompañada!... Quién será este prójimo?

ESCENA II.

Dicho, URGANDA *y* CABEZA-DURA.

URG. Te cansabas ya de esperarme?...
TEM. No.. sino que... Decidme, esposa mia, quién es ese adlátere que os sigue la cola?
URG. Celosillo tambien?... Mucho me agrada...
TEM. No es que yo desconfíe de vuestra...
URG. Sigue...
TEM. De vuestra acreditada pureza... de vuestra buena opinion y fama... Os he preguntado por mera curiosidad.
URG. Y yo quiero satisfacerla. Ese que ves ahí, es el simpar Cabeza-dura, encargado de la custodia de estos lugares; comisionado además de descuartizar los cadáveres que aquí son conducidos, y de purificar sus huesos en el alambique, para su eterna conservacion!
TEM. Pues no es mal destino! (*Con mucha sorna.*) Es una alhaja el señor Cabeza-dura.
URG. Aquí te presento el licor que te habia ofrecido; prueba á ver que te parece. (*Dándole una copa que apura Tembleque.*)

Tem. Delicioso! Ajajá! esto reanima y conforta el espíritu!
Dulce producto de la verde cepa,
grato embeleso del que está aburrido,
vital contento de mi padre Baco,
copa de vino!
si de mis ganas el afan supiste,
tú que otras veces la mi sed calmaste,
oye, no temas, y á mis lábios toca,
toca, que muero. (*Bebe.*)
Venga otro poquito!

Urg. Toma la pelleja, que para tí la he traido. (*Dándosela; dos esqueletos cubren la mesa.*)

Tem. Así los dioses con amor benigno
cuiden que nunca la su pez se junte,
ni que el invierno desabrido arroje
nieve á las viñas! (*Abrazando la pelleja.*)
Otro poquito. (*Bebe.*)
Jamás consientan que la nube parda
cuando amanece en la elevada cumbre,
moje el sarmiento, ni su mal granizo
queme sus hojas.
Otro poquito. (*Bebe.*)

Urg. Vamos, basta por hoy, que suele subirse á la cabeza!

Tem. Verdad que siento un calorcillo y un... Brrru!... Rivento di forti.

Urg. Estás contento?

Tem. Mucho!

Urg. (*Reparando en la mesa.*) No lo estoy yo menos al ver el tierno cuidado que empleas en complacerme. Veo con gusto que no has perdido el tiempo durante mi ausencia, y te doy gracias por la grata sorpresa que me has proporcionado.

Tem. Yo?... No entiendo por qué lo dices!

Urg. Mira. (*Haciéndole observar la mesa servida.*)

Tem. Cáspita! Una magnífica cena!... A buen tiempo viene! (Pero señor, quién demonios!... Si cuando entramos aquí no habia nada!... Esto es brujería!)

Urg. Vamos, no tengas escrúpulo... acércate.

Tem. Si he de deciros la verdad... el vinillo me ha fortalecido, de modo que parece he comido un toro; no obstante, veré si entre los platos del convite, hay algo que me agrade, en cuyo caso, os aseguro no quedará desairado!

Urg. Aquí descubro un hermoso pavo relleno.

Tem. Pavo! No es el manjar que más gracia me hace! En materia de aves, estoy por el jamon!

Urg. Pues hijo mio, no hay otra cosa.

TEM. Entonces, prefiero no tomar nada. Pavo! Pavo! hasta el nombre lo tiene!... Y luego, á saber por quién estará aderezado; por ese Cabeza-dura, descuartizador de carne humana..? Nada, nada, agárrome á mi pelleja, y aquí me las den todas.

URG. Pues una vez que no tienes apetito, marchémonos cuanto antes, que están al caer las siete, y no falta mas que una hora para que tenga lugar la ceremonia.

TEM. Vamos andando!

URG. Alumbra, Cabeza-dura. (*Cabeza-dura, que tiene el candil en la mano, echa á andar, y al pasar por delante de Tembleque le hace una cortesía.*)

TEM. Nada, sin cumplimientos! Pase usarcé delante!

URG. Ten cuidado al subir la escalera, que está muy pendiente, y tu cabeza no se encuentra muy segura!

TEM. Cómo que no? Ahora vereis... Venga esa mano. (Uy! qué dátiles, parecen látigos!)

URG. Señor Tembleque!.. (*Reprendiéndole.*)

TEM. Ya me callo. (*Se dirije á la escalera. Empieza á subir por la escalera; repitiéndose el juego anterior al revés; cuando el público vé llegar la primera figura á las bambalinas, se hace la mutacion. El teatro representa el salon corto en que ha empezado el acto.*)

ESCENA III.

CABEZA-DURA, TEMBLEQUE *y* URGANDA.

TEM. Sesenta, sesenta y uno y sesenta y dos. Ya estamos arriba. Vaya un negocio... para los callos es cuanto cabe.

URG. Ya puedes marcharte. (*A Cabeza-dura que obedece.*)

TEM. Vaya ucé con Dios. Decid, querida consorte mia, no sabe hablar mas que eso, ese señor de la cabeza-dura?

URG. Por qué lo dices?

TEM. Porque es muy elocuente en sus discursos. (*Con ironía.*)

URG. Si es mudo el pobre!

TEM. Vaya, pues entonces no tiene el demonio por donde desecharle...

URG. Déjate de tonterías, y vamos á lo que importa; antes de nada, vete á aderezar un poco, para presentarte decente en la ceremonia, y en seguida irás á esperarme en el pórtico de la Iglesia.

TEM. Pues qué, no vamos juntos?

URG. No; pero pierde cuidado, que no me haré esperar mucho tiempo.

TEM. Vamos, ya comprendo! Ireis tambien á ataviaros?...
URG. Ay! esposo mio!... Mis atavios no consisten en las pompas mundanas que aprecia la multitud! Atiende bien cuanto voy á decirte! Toma este bolsillo; en el momento que nos echen la bendicion nupcial, depositarás sobre el altar este dinero.
TEM. Muchos son para derechos. Ah! vamos, serán en proporcion de los años. (Si así es, aun me parecen pocos.)
URG. Mentecato!
TEM. Gracias por el favor! (*El reló da las siete.*) Una..... dos... cuatro... seis... sic... las siete.
URG. Una hora falta; date prisa.
TEM. Vamos allá. (Al acercarse la hora, tiemblo como un azogado... Y cómo me atrevo á decir que no, despues de lo que acabo de ver ahí abajo?..... No es cosa... Y que luego viniera el señor Cabeza-dura á ejercitar su comision en mis queridos miembros!... Como ha de ser! Pecho al agua!) (*Urganda le hace señas para que se marche.*) Ya me voy, ya me voy.
URG. Era forzoso alejarle. Aquí se acercan Elvira y el Conde... penetro cuáles son sus intenciones...

ESCENA IV.

URGANDA, ELVIRA, *despues el* CONDE *derecha.*

ELV. Urganda! Urganda! Favorecedme del Conde!
URG. Del Conde? Infame!
ELV. Me amenaza con dar muerte á Ferrando esta noche, en su calabozo, si no me decido hoy mismo á ser su esposa.
URG. Ya lo sabia; pero no conseguirá sus malvados intentos! Marchaos por aquí.
ELV. Pero y mi Ferrando? (*Vase izquierda.*)
URG. Vivirá, id descuidada. Ahora, comencemos la lucha terrible!..... Lucha de igual á igual..... de vida ó muerte!
CON. Elvira! Dónde está?...
URG. Yo no sé nada!
CON. No ha entrado aquí Elvira?
URG. Os engañásteis.
CON. No me he engañado, no; en dónde se halla?
Mis ojos no mintieron, yo la he visto.
URG. Si la hais visto, por qué con furia tanta
os dirijís á mí? Seguidla presto;
seguidla por do quier, hasta encontrarla,
y que pasto brutal al punto sea,

de la pasion que vuestro pecho inflama!
CON. Me reprendes aun? Y lo soporto?
Y sufre mi altivez que una menguada,
torpe sirviente, mis acciones juzgue
y á su placer medite contrariarlas?
En dónde Elvira está, responde pronto!
URG. Quise que ahora vuestro amor burlára,
y que aumentando vuestro afan lascivo
creciera al mismo tiempo vuestra rabia.
CON. Tu muerte has decretado! (*Echa mano al puñal.*)
URG. No te temo!...
El momento llegó de mi venganza!
Fingido Conde, vés cual saboreo
los tormentos sin fin, que allá en tu alma
he sabido agitar? No ves en esto
un poder invisible que avasalla
tu altivez y tu orgullo? Te he vencido!...
Caistes en el lazo...
CON. Basta, basta!
(*Horrorizado va á acometerla con el puñal.*)
URG. Esconde ese puñal; no me intimida
aqueste alarde de impotencia vana.
(*Se le cae el puñal.*)
CON. Aquí un infierno en mi cabeza siento!
Los tormentos del Etna aquí me abrasan!
Mi pecho y mi cabeza convertidos
en un volcan, parece que inhumana
razon y sentimientos, todo... todo...
una mano de hierro lo desgarra.
URG. Hora de espiacion!...
CON. Mas tú, quién eres?
URG. Vas á saberlo al punto... (*Con mucha ironía.*)
CON. Dilo; acaba!
URG. Hora por hora tu suplicio aumenta;
hora por hora tu penar se agranda,
y en verte padecer se regocija
esta que miras, cual si fuese esclava.
CON. Espíritu infernal, ó lo que seas,
dí quién eres, ó teme mi venganza!
URG. Quién soy saber intentas?...
CON. Pronto!
URG. (*Trasformacion del traje de Urganda.*) Mira!
Mírame bien, sí; soy Urganda!
CON. Urganda!
URG. Urganda, sí; la que aborreces
con todo el corazon, y ella te paga;
Urganda, y tú, *Alcalaus*, que trasformado

en Conde de Lerin, esta comarca
tiranizando estás... Sabes acaso...
(pero no lo sabrás) en dónde se halla
el Conde verdadero, á quien robastes
su título y figura con tu mágia?
Pues vive todavía, socorrido
por mí en la cuna...

CON. Pero vive? Oh rabia!

URG. Vive, aunque ignora su prosápia ilustre.

CON. No se lo digas, no; mira á tus plantas
prosternado mi orgullo. Qué mas quieres?

URG. Arrodillado tú... (*Mirándole y con sumo desprecio.*)

CON. Me despedaza
esa risa infernal!... Urganda, cesa,
cesa ya de humillarme. No te basta
el verme arrodillado, confundido.

URG. Del suelo alza,
miserable hechicero. No recuerdas
los crímenes sin fin, el ódio y saña
que siempre me has tenido? Cuando libre
te viste por tu esposa, allá en Subiana,
de la jaula de hierro, en que te puso
por mis designios Amadís de Gaula,
juraste mi esterminio; y desde entonces
qué has perdonado por vengarte? Nada!
Recuerda nuestra historia de hace siglos,
recuérdala, y verás la lucha aciaga
que un dia y otro nos hicimos, ciegos
de cólera y rencor. Nunca saciada
tu sed de sangre, de esterminio y luto,
has buscado más sangre, nuevas plagas
conque al mundo aflijir, y de los hombres
acabar iracundo con la raza.
Por tu causa la muerte ha recorrido,
con torvo ceño, lo mejor de España,
el espanto sembrando, y de sus hijos
diezmándole la flor en las batallas.
Inspirado por tí, siguió Rodrigo
sus funestos amores con la Cava...
Y á la orilla del lento Guadalete
ayudaste las armas musulmanas,
que en fiera lid dejaron á los godos
sin imperio, sin rey y hasta sin patria.

CON. Basta, no sigas, no.

URG. Si has de escucharme.

CON. Pues bien, Urganda; truene tu venganza!
Siga la horrenda lucha que constante

contigo tuve, siga; empero, aguarda,
aguarda á que recobre el poderío
de mi invencible y destructora mágia.
Cuatro horas no más; que el dia pase,
espera, de San Juan... Yo tu arrogancia
entonces venceré... Sí, te aborrezco;
es un ódio mortal el que arrebata
mi pecho contra tí... No me provoques,
guárdate... guárdate de mí!...

URG. No sé si lástima
me inspiras ó furor! Mira ese libro; (*Le da uno.*)
lee esa horrible y misteriosa página
lo que plugo al destino haber escrito
sobre tí y sobre mí... léelo... «Si Urganda
se casa en esta noche, al mago vence;
pero si no, es vencida.»

CON. Mas... te casas?...

URG. Sí.

CON. Imposible!

URG. Me caso luego;
al toque en punto de las mismas ánimas.

CON. Espera. Que destello! Se frustraron
cual el humo fugaz tus esperanzas.
Aun tengo en mi poder al rey Alfonso,
al rey batallador; su sombra vaga
penando en el castillo, y tú no puedes
humillar mi poder, hasta que salga
ese rey de su estado; te he vencido;
te he vencido, mujer. Oh! sí: bien haya
el momente feliz en que á sus tropas
el robo de Sahagun con mano airada
entonces inspiré!... Y en tanto el tiempo
pasará...

URG. No conoces dónde raya
tu triste porvenir! Mi esposo mismo,
esta noche, poniendo al pié del ara
del templo Sacrosanto sus alhajas.
Con esto, don Alfonso queda libre,
libre, y al cielo subirá en las alas
del coro celestial, y del eterno
el premio cobrará de mil hazañas. (*Vase.*)

ESCENA V.

El CONDE, *solo.*

Qué me sucede? Lo que ha dicho
me es forzoso aclarar! En mi desgracia,

aconséjame tú, rey del abismo,
ábrete, infierno! Abrete á mis plantas!
(*El Conde se hunde.*)

MUTACION.

Decoracion de infierno.—En el fondo de la decoracion hay un letrero con caractéres de fuego que dice: «si Urganda se casa en esta noche, al mago vence, pero si no es vencida!» Cuatro demonios sacan al Conde, y le señalan el letrero, el Conde queda abatido, y enseguida coro y baile infernal.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una barberia pobre, del gusto del siglo XII. Puerta al foro y laterales: una cítara, navajeros, paños, y demás trastos propios. Al levantarse el telon, se oye un canto que pasa por la calle.

ESCENA PRIMERA.

SIMPLICIO, *maestro de Barbero*; *despues* TEMBLEQUE: *se oye cantar dentro la siguiente:*

«La noche de Navidad
se pelan pavos en casa,
y la noche de San Juan
pelan las niñas la pava.»

SIM. Este es el mundo! Unos se divierten, otros cantan, rien, y yo, pobre de mí, rabio y me desespero. Triste vida es la de un rapa-quijadas, y solteron, por añadidura. Dígalo esta noche, la de San Juan precisamente; mientras todos los mozos obsequian con cantinelas á sus queridas, yo tengo que pasarla aguardando á los parroquianos, esclavo del jabon y el agua caliente. Pues no, vive Dios! Ahora mismo voy á largarme de bureo! Quitaré las canceles, y cerraré la puerta, que el pájaro que no ha caido á estas horas... (*Al dirigirse á cerrar la puerta sale Tembleque.*)

TEM. Buenas noches, maestro.

SIM. En qué puedo serviros, señor Hidalgo? Qué se le ofrece?

TEM. Vengo á que me deis una mano de rasura, ligerita, que se hace tarde, y me esperan á las ocho en punto...

SIM. Hola! Tan preciso es el negocio? (*Disponiéndose á cojer los paños, etc.*)

TEM. Friolera! Como que á esa hora en punto, han de echarme la bendicion nupcial.

SIM. Calla! Vais á casaros!

TEM. Así como suena.
SIM. Ay! qué feliz sois, compadre!
TEM. Mucho, muchísimo!
SIM. Supongo que será guapa la novia?
TEM. Ph.... Es regularcilla.
SIM. Qué feliz! Qué feliz! Y es jóven?
TEM. Una criatura!
SIM. Qué felicidad, amigo mio!
TEM. Mucha.
SIM. Quién estuviera en vuestro lugar!
TEM. Lo desearíais, eh?
SIM. Con toda mi alma! Debe ser una cosa tan dulce el matrimonio! Cincuenta y dos años tengo, y aun no me ha sido dado disfrutar de las delicias conyugales! Lo repito, cualquier cosa daria por encontrarme en vuestro lugar.
TEM. Tambien daria yo algo por encontrarme en el vuestro.
SIM. Cómo es eso? No os casais á gusto?
TEM. Sí... pero yo aprecio mucho mi vida de soltero!... Eso de encadenarse para toda la vida... vender uno mismo su libertad...
SIM. No lo entendeis, compadre! Dónde hay cosa mejor que un casado? Tener siempre á su lado una mujer jóven, hermosa... que le mime... que lo halague... que le contemple... debe ser delicioso.
TEM. Vaya, pues una vez que tanto os entusiasma la vida matrimonial, hagamos un trato.
SIM. Y cuál?
TEM. Id á casaros por mí.
SIM. Pero cómo?
TEM. Muy fácilmente! (A ver si se la endoso.) Poneos mi trage; llegais á la Iglesia, os ocultais la cara con el pañuelo, pretextando os duelen las muelas, presentais la mano á la novia, y os casais en lugar mio; eh! Qué le parece?
SIM. No me parece mal; pero vamos á cuentas; me habeis dicho que la novia es guapa.
TEM. No, poco á poco... os he dicho que era regularcilla, nada más que regularcilla!
SIM. Eso es decir que no es guapa!
TEM. Yo os diré... Su cara no es maleja; pero tiene una pequeña falta.
SIM. Y qué falta?
TEM. Es un poquito calva... y luego un tanto pronunciada la nariz.
SIM. Entonces son dos faltas.

TEM. No, falta es la del pelo; lo de la nariz es sobra.
SIM. Bueno; pase en cuanto á la hermosura. Me habeis dicho tambien que es jóven.
TEM. No, no... Os he dicho que era una criatura.
SIM. Bien, es igual!
TEM. Sí, que es igual; una criatura que podrá tener ahora, todo lo más... unos...
SIM. Diez y seis? (*Muy alegre.*)
TEM. No... A ver si lo acertais?
SIM. Veinte? (*Id.*)
TEM. Más. (*En tono zumbon.*)
SIM. Treinta? (*Cada vez más alegre.*)
TEM. Un poquito más.
SIM. Vamos, la edad de nuestro Señor! Treinta y tres.
TEM. Mil y cien años! (*Con voz de trueno.*)
SIM. Zambomba!!! Pero hombre, eso no puede ser. Once siglos!!! (*Horrorizado.*)
TEM. Ni más ni ménos.
SIM. Bah! Quereis chancearos.
TEM. Os he dicho la verdad!
SIM. Ah! pues entonces no hay nada de lo dicho.
TEM. Es decir, que os volveis atrás?
SIM. No señor; yo admitia el cambio, con la condicion de que era jóven y bella; no siendo ninguna de las dos cosas, estoy en mi derecho.
TEM. Bien; como querais; vos os lo perdeis!
SIM. Estimando, y que os haga buen provecho.
TEM. Una vez que no quereis aceptar la felicidad que os propongo, despachadme prontito, que se va haciendo tarde.
SIM. En un verbo. (*Poniéndole el paño*)
TEM. Con tiento, maestro, que tengo la barba muy delicada. (*Dándole jabon.*)
SIM. No haya miedo; os desafío á que encontreis en esta villa de Fraga, otro barbero-cirujano-comadron-dentista, con la mano más lijera, más lista, y más suave que la mia. Ahora vereis. (*En este momento coje la navaja y se pone á afeitarle.*)

ESCENA II.

Dichos y BERTRAN *con ocho alguaciles á la puerta del foro.*

BER. Aquí debe estar, segun todas las señas que hemos adquirido. Que se coloquen dos alguaciles en cada boca-calle, para impedir el paso, si es que intenta escaparse. (*Se van cuatro alguaciles por derecha é iz-*

quierda, y Bertran y los cuatro restantes bajan á la escena.)

SIM. Eh! Qué os parece? (*Sigue afeitándole.*)

TEM. Una seda. Canario! (*Levantándose de pronto.*)

SIM. Qué ha sido?

TEM. Un chirlo, qué me habeis hecho!

SIM. Eso no es nada....

TEM. Nada, eh? Y me habeis destruido media quijada! San Cirilo! Qué ven mis ojos? (*Se ha levantado para verse la herida, y tropieza con Bertran.*)

BER. A él! Muchachos, á él!

TEM. No hay quién me favorezca? (*Echa á correr por la puerta del foro y salen detrás de él Bertran y los alguaciles.*)

BER. Seguidle... que se escapa!...

SIM. Y se va sin pagarme! Eh! Eh! (*Llamándolo.*) Pero señor, qué trapisonda ha habido aquí? Qué ha pasado? (*Cogiendo una tranca.*)

VOCES. (*Dentro.*) Matadle! Prendedle! Atrás!

TEM. (*Saliendo.*) Han tomado las salidas; estoy cercado por todas partes! Es imposible escapar!

SIM. Ah! pícaro ladron! Te ibas sin pagarme! Ahora lo verás. (*Echando mano á una tranca y amenazando á Tembleque.*)

TEM. Socorro, Urganda! (*Tembleque y el barbero se hunden cada uno por un escotillon.*)

SIM. Ay! ay! ay!

TRASFORMACION: *La barbería se trasforma al revés: es decir, lo de arriba abajo, y por el balcon que ha bajado á ocupar la puerta de foro, salen ocho Alguaciles y Bertran á la cabeza de ellos, con las cabezas abajo y los piés arriba: bailan una contradanza, y cantan el siguiente coro:* (*música de la ópera Beatrice.*)

CORO DE ALGUACILES.

Que me caigo, que me estrello,
que me voy á marear!
No puedo más! Tened piedad!
Tened piedad!
Por compasion, no puedo más.
Tened piedad!
Tened piedad!

MUTACION.

Salon corto en el castillo de Fraga.

ESCENA III.

URGANDA, ELVIRA.

URG. Sosiégate, Elvira.
ELV. Urganda, no puedo!
URG. De tanto quebranto
la causa comprendo.
Tambien esta triste
lloraba en un tiempo
de amor suspirando!...
Qué grato recuerdo!
ELV. Si así de mis ánsias
probásteis los fieros;
si así suspirásteis
cual yo, sin consuelo,
sabreis mi desdicha,
sabreis mi tormento!
URG. Dices bien, Elvira,
todo lo comprendo;
pero tu Ferrando!...
aunque gime preso,
de tí no se olvida.
ELV. Llevadme á su encierro,
que yo pueda verle;
hablarle es mi anhelo.
Mis ojos ansiosos
con los suyos bellos,
tropiezan do quiera,
estáticos, llenos
de amor y de vida,
de encanto supremo;
verle es mi delirio,
por solo un momento
mirarme á su lado,
mi vida os entrego.
URG. Sosiégate, Elvira;
descansa en mi celo;
verás á Ferrando,
yo te lo prometo.
ELV. No me engañais!... Cuándo?
URG. Ahora... al momento,
pero es necesario
prudencia.
ELV. Lo ofrezco!
URG. Si el Conde supiera...
ELV. Dejad el recelo;
llévame al instante

que se pasa el tiempo,
y en tanto mi amado
gemirá sufriendo
las duras cadenas
que el Conde altanero,
por baja venganza,
á su amor ha puesto.

URG. Sígueme, no temas.
ELV. Gente llega.
URG. Presto. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

GINÉS, DIONIS *y* GASTON.

GIN. Sabeis que si es cierto lo que Dionis nos ha contado, debe de haber algo sobrenatural en este lance?
DIO. Así pasó, ni más ni menos que como lo he referido. Los pobres alguaciles se vieron precisados á bailar una contradanza cabeza abajo, capaz de estropear el estómago más robusto!
GIN. Parece cosa de hechicería!
GAS. Artes del diablo! Tendrá tal vez pacto...
DIO. Pues como yo le llegue á echar la uña, no han de valerle pactos ni hechicerías. Pero hablando de otra cosa... ¿Sabeis para qué se ha mandado reunir el consejo?
GIN. Si no estoy mal informado, para juzgar al jóven Fernando!
DIO. Mala suerte le espera.
GIN. Por qué!
DIO. Porque el consejo resolverá á gusto del Conde, y ya sabeis que nuestro señor no es muy afecto á ese jóven!
GIN. En nombrando al ruin de Roma... Aquí se acerca el Conde.
DIO. Y Bertran le acompaña. Mala cara trae; vámonos.

ESCENA V.

Dichos, el CONDE *y* BERTRAN.

CON. Dejadnos solos.
DIO. Con mil amores!

ESCENA VI.

EL CONDE, BERTRAN.

CON. Qué me dices, Bertran?
BER. La verdad, señor!

Con. (Ah! Urganda, Urganda!)
Ber. Pero qué teneis? Estais descolorido, trémulo?
Con. No, no es nada. Has hablado con los jueces?
Ber. Como ordenásteis se ha reunido el consejo, y os están esperando.
Con. Bien; puedo fiarme de tí?
Ber. Disponed de mi vida.
Con. Voy á confiarte un secreto.
Ber. Hablad.
Con. El destino, siempre injusto conmigo, ha dispuesto que cada año, durante el dia de San Juan, que estamos atravesando, quede sin ningun poder mi mágica influencia; mas aun; si al toque en punto de las ánimas, mi contraria, la terrible y poderosa Urganda, recibe al pié del Ara la bendicion nupcial, restituyendo al mismo tiempo el importe de los vasos sagrados robados en el templo de Sahagun, desaparecerá mi poder para siempre. El esposo elegido por Urganda, es el escudero de Ferrando, y se encuentra en este momento en el pórtico de la Iglesia, esperando la hora en que debe tener lugar la ceremonia.
Ber. Comprendo....
Con. Reune en el instante toda la gente de armas del castillo; vé con ellos al templo, y apodérate de ese vil escudero, encerrándole en las prisiones de por vida. Si logramos pasar el dia de hoy hasta el toque de ánimas, sin que se celebre el desposorio, mi triunfo es seguro. Valor y sagacidad.
Ber. Descuidad, señor. (*Vase Bertran.*)
Con. Ahora, vamos al consejo! Con mi presencia será el golpe más seguro. Que sin justicia, nada alcanzo, dijo el espectro; pues bien; todo lo conseguiré con ella. (*Va á marcharse, y lo detiene la sombra de D. Alfonso.*) Qué es esto?

ESCENA VII.

(*El* Conde *y la* Sombra *por escotillon.*)

Som. Atrás!
Con. Oh!... Maldicion! Alfonso es este!
Som. Alfonso soy, sí, Conde malvado!
Guarte de prostituir á la justicia
ni vilipendiar el nombre escelso
de aquel don celestial, que entre tus manos
depositó el Señor del universo!
Qué cuenta; dí, qué cuenta de la vida
y del honor darias, del desgraciado

que inocente confía
en un tribuno vendido y degradado?
Donde irian á parar plebe y señores
convirtiendo, los Santos tribunales,
en guaridas de viles salteadores?
La justicia, que emana de los cielos,
reside en la conciencia de los justos!
Ella penetra sin rencor ni miedo
del crímen las tinieblas; de ella sale
triunfante la verdad, pura y sin mancha.

CON. Espíritu infernal, ó lo que seas,
no me persigas más; tu aliento mata.

SOM. Márchome, aleve; quédate en mal hora
meditando mas crímenes y estragos.
La eterna maldicion contigo queda!!!
Muy pronto acabarás, muy pronto, infame!

(*Desaparece.*)

ESCENA VIII.

El CONDE *solo.*

La eterna maldicion! Yo la maldigo!... (*Mutacion. Decoracion en los subterráneos de palacio, nombrado «Las prisiones de por vida.»*)

ESCENA IX.

BERTRAN, CARCELERO *y* TEMBLEQUE.

TEM. Ay! ay! ay!

BER. No hay que gritar, adelante.

TEM. Si no veo gota; voy á romperme la crisma.

BER. Silencio!

TEM. Déjeme siquiera mover los lábios, ya que no pueda mover otra cosa.

BER. Silencio, he dicho! (*Gritando.*)

TEM. Bueno hombre, no hay que incomodarse. Pero qué ván á hacer conmigo?

BER. No tardarás en saberlo.

TEM. Ha sido una mala partida la que me habeis jugado! Aprovecharse de mi sueño para robarme mi talisman!

BER. No haber dormido.

TEM. Y qué habia de hacer, si estaba aburrido de esperar? Quise entregarme un momento en los brazos de Morfeo, para olvidar mis penas, y al volver en mí, me

encuentro amarrado, atormentado, estrujado y hasta saqueado.

BER. Carcelero, no le perdais de vista. Me respondeis de este hombre con vuestra cabeza.

CAR. Descuidad.

BER. Yo corro á tranquilizar al Conde. (*Vase.*)

TEM. Decid, buen amigo, y aquí no se cena?

CAR. Aquí teneis medio pan, del que se amasa para los perros del castillo.

TEM. (Qué más perro que tú!)

CAR. Y un jarro de agua, fria como la nieve!

TEM. Por lo que voy viendo, vuestro amô no quiere que en su casa se padezca de indigestiones.

CAR. Oh! el amo! El amo es muy generoso!

TEM. Sí, ya se le conoce!

CAR. Vaya, que durmais bien, y sobre todo, guardad silencio!

ESCENA X.

TEMBLEQUE *solo.*

TEM. Pues señor, hème nuevamente maltratado, encerrado, desorientado... muerto de hambre... chasqueado... y lo peor es, que mi doña Urganda creerá que no quiero cumplirle mi palabra, y la pegará con Ferrando! Pobre amo mio! Y pobre de mí, porque yo no espero salir mejor librado... Caracoles!... que habitan aquí unos huéspedes, capaces de encender la sangre á un sorbete! (*Se oye ruido dentro.*)

BRU. Chis... chis! (*Dentro.*)

TEM. Quién anda ahí?
(*Estornuda.*) Achi. Ya me constipé.

BRU. Achi.

TEM. Dominus vobiscum!

BRU. Exaudinos dominé.

TEM. Hola tenemos responso?
Ay! qué miro? (*Salen las brujas por distintos lados y le rodean.*)

BRU. (*Rodeándole.*) Te pillé.

TEM. Qué es esto? Qué significa?

BRU. Que pagues tu avilantez.

TEM. Mi avilantez?

BRU. Chito!

BRU. 1.ª Pronto,
llevémosle á la sarten.

TEM. Quietas, quietas; por qué causa?

BRU. 1.ª Te parece poco, infiel!

dejarme así abandonada?
TEM. Yo no la conozco á ucé.
BRU. 2.ª Y á mí, taimado?
TEM. Tampoco.
BRU. 2.ª Lo niega.
TOD. Al fuego con él.
TEM. Eh! demonios, estaos quedas.
BRU, 1.ª Yo soy Urda, su mujer.
BRU. 2.ª Miente la bruja, yo soy.
BRU. 3.ª Como se entiende? Mio es
el escudero.
TOD. Mio, mio!
BRU. 4.ª Nadie me toque al doncel
que á mí sola pertenece.
TOD. Fuera la bruja! ohé, ohé!
BRU. 4.ª Canalla!
TOD. Bruja!
BRU. 4.ª Tabacosas!
TOD. Jarambel.
BRU. 4.ª Vente conmigo.
TOD. Conmigo.
BRU. 4.ª Noramala.
TEM. Qué babel!
Calle una, y hablen todas!
Digo, lo he dicho al revés.
TOD. A mi me toca.
TEM. Silencio!
TOD. Pido la palabra!
TEM. Bien:
pues ya se van enmendando!
BRU. 1.ª No te recuerdas, infiel?...
BRU. 2.ª Has olvidado, traidor?
BRU. 3.ª Vas á negar, Lucifer?...
BRU. 1.ª Que en tierno, amoroso lazo...
BRU. 2.ª Por siempre jamás amen.
BRU. 3.ª Quedaste viudo conmigo?
BRU. 4.ª Conmigo!
TEM. Hé! yo no me he casado nunca.
TOD. Como que no?
TEM. Ya se vé.
BRU. 2.ª Lo niega!
BRU. 1.ª Se ha retraido!
TEM. Qué es eso de retraer?
Cuidadito con la lengua,
no armemos aquí un Balen...
BRU. 1.ª Manta, manta.
BRU. 2.ª A la caldera.

Bru. 3.ª A la fragua.
Tod. A la sarten.
Bru. 4.ª Yo me opongo.
Tod. Qué se entiende?
Bru. 4.ª Yo le defiendo.
Tem. Muy bien.
Bru. 1.ª Hay una recalcitrante.
Bru. 2.ª Fuego en ella.
Tod. (*Le cojen todas.*) Duro en él.
Tem. Ay que me pelan! Urganda!
Tod. Huyamos! Huyamos! (*Le sueltan y se van; trasformacion; aparece un dragon echando fuego por la boca y las ahuyenta.*)
Tem. Bien!
Gracias á Dios que se fueron!
Voz. Mientes, mientes!
Tem. Otra vez!
Demonio, qué tropa es esta?
Voz. Tembleque!
Tem. No está, se fué.
Voz. No me conoces?
Tem. Ni quiero.
Voz. Acércate.
Tem. No hay de qué?
Voz. Vente conmigo.
Tem. Y á dónde?
Voz. Luego lo sabrás; ven, ven.
Tem. Pero á dónde?
Voz. Al otro mundo.
Tem. Me encuentro en este muy bien.
Voz. Obedece.
Tem. Que no, digo.
Voz. No te escaparás; á él!
Tem. Urganda, Urganda!
Urg. Aquí estoy,
Tem. Sácame de esta mansion.
Urg. Imbécil... Tu indiscrecion
por poco nos pierde hoy.
Sígueme sin vacilar
por este estrecho recinto;
intrincado laberinto
tenemos que atravesar.
Si una palabra profieres
por esa senda encantada,
yo quedaré transformada
en piedra; pero tu, mueres.
Tem. Descuidad, señora mia,

seré mudo, sordo y ciego! (*Ruido en la izquierda.*)
Gente llega!

URG. Vamos luego;
yo te serviré de guia. (*Váse.*)

ESCENA XI.

FERRANDO *y* ELVIRA *por la izquierda.*

FER. Elvira! Dulce bien! Cómo has podido
penetrar hasta aquí?

ELV. La buena Urganda,
ablandada á mis lágrimas sin cuento,
las puertas me franqueó!

FER. Hermosa mia!
Dueño del corazon! Con qué delirio
te estrecho entre mis brazos amorosos,
templando mi martirio!
Que venga el Conde, venga, si en tus brazos
ha de encontrarme!...

ELV. Dios! (*Asustada por el ruido que se oye.*)

FER. Pero tu tiemblas?

ELV. Ese ruido...
No escuchas un rumor?

FER. (*Ruido de armas.*) Deja que vengan.

ELV. Hélos, hélos aquí.

FER. No temas nada.

ESCENA XII.

Dichos, el CONDE, *soldados y dos Verdugos.*

CON. Ferrando, en dónde estás?

FER. Aquí, malvado!

CON. Ese orgullo, insensato, te ha perdido...

FER. No imploro tu perdon... Yo lo desprecio.

CON. Confiado quizás en esa Urganda
que tanto te proteje?... Desdichado!
Urganda ya acabó; su poderío
he sabido fustrar; del templo santo
arranqué al escudero, y ya su enlace
no se ha de celebrar; el tiempo pasa,
y es mio el triunfo al fin.

ELV. (*Corriendo á los pies del Conde.*) Gran Dios!

FER. (*Queriendo detenerla.*) Elvira!

CON. Quién te condujo aquí?

ELV. (*De rodillas á los pies del Conde.*) Piedad!

CON. (*Sin hacerla caso.*) Ya basta!

FER. Levanta, Elvira. (*Queriendo interponerse.*)

ELV. No.
CON. Llegó el momento
ansiado para mí de la venganza.
Que perezcan los dos; pronto, llevadlos. (*Los soldados se dirijen á Elvira y Ferrando, para llevarlos á la picota.*)
FER. Ah! para ella perdon! Y en mí descarga
toda la furia, Conde. (*De rodillas.*)
CON. No, que muera.
FER. Maldicion sobre tí! (*Se oye el toque de ánimas.*)
ELV. (*Queriendo abrazarlo.*) Ferrando!
FER. (*Intenta hacer lo mismo.*) Elvira!
CON. Las hachas descargad!
VOZ. (*Dentro*) Muère, malvado!
(*Cae un rayo, y cambia el teatro en templo de Venus, la cual viene en un carro entre nubes, rodeada de ninfas y cupidos; se hunden el Conde y Bertran; los soldados y los verdugos desaparecen, y suben por el escotillon de enmedio, Urganda, lujosamente vestida, Cupido y Tembleque.*)
VEN. Y vosotros, amantes perseguidos,
al sacrosanto templo de himeneo
venturosos llegad.
TEM. Amo mio?
URG. Elvira!
La bendicion nupcial, al pié del Ara,
de tomar acabé; salvóse Alfonso.
Y tú, Ferrando, escucha atentamente
mis palabras. Hubo un niño,
que el Conde fementido, en la cuna robó
su nombre y fama; ese niño eres tú.
FER. Yo!
URG. Sí!
TEM. Conde! Mi amo!
URG. Y te lo debe á tí.
TEM. Viva mi Urganda! (*Baile final.*)

FIN.

Junta de censura de los Teatros del reino.—*Es copia del original censurado.*

3 0112 115875327

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de la Sra. Viuda é hijos de D. José Cuesta, Calle de las Carretas, núm. 9.

PRECIOS.

En cuarto mayor, 4 y 5 reales.—*En octavo*, 4, 6 y 8 reales.—En Ultramar, los establecidos por los comisionados.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Biblioteca Dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos *á esta Casa, ó librería de Cuesta*, acompañando su importe en Libranzas del Tesoro, ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos. Se pedirán tambien en Barcelona, á *D. Isidro Cerdá, Calle de la Princesa, núm.* 12, *principal.*